

EL AGENTE DE LOS TEATROS.

COLECCION

DE

OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS,

REPRESENTADAS CON APLAUSO

EN LOS TEATROS DE LA CORTE.

EL PLANETA VENUS.



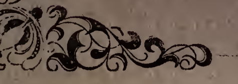
PUNTOS DE VENTA:

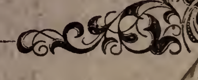
En Madrid:

Librería de Cuesta, calle Mayor. Librería de Bailly-Bailiere, calle del Príncipe.

En Provincias:

En casa de los comisionados del AGENTE DE LOS TEATROS.





COMISIONADOS DE LA ADMINISTRACION DE AUTORES DRAMATICOS Y LÍRICOS.

Adra	F. A. Robles.
Albacete	R. S. Perez.
Alcalá	A. Oliva.
Alcoy	F. Cort y Claur.
Algeciras	R. Muro.
Alicante	A. Lloret.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería	L. Iribarne.
Andújar	D. Caracuel.
Antequera	J. M. Casaus.
Aranda	M.M. Fontenebro.
Aranjuez	J. M. de Prado.
Avila	S. Lopez Hernandez.
Avilés	V. Sanchez del Rio.
Badajoz	Viuda de Carrillo.
Baeza	C. Treviño.
Barbastro	G. Corrales.
Barcelona	A. Saavedra.
Béjar	M. Illan.
Berja	L. Iribarne.
Bilbao	F. Fernandez.
Búrgos	T. Arnaiz.
Cábra	J. B. Cabeza.
Cáceres	J. Valiente.
Cadiz	Vda. de Moraleda.
Calatayud	F. Molina.
Carmona	J. M. Moreno.
Cartagena	J. Pedreño hers.
Castellon	I. Gutierrez.
Ceuta	J. Molina é Ibañez.
Ciudad-Real	Vda. de Gallego y sobrinos.
Córdoba	R. Arroyo.
Coruña	J. Lago.
Cuenca	P. Mariana.
Daimiel	R. G. Camarena.
Ecija	J. Giuli.
Ferrol	J. Lago.
Figueras	J. Conte Lacoste.
Gerona	F. Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	J. M. Fuensalida.
Guadalajara	F. Sanchez.
Habana	Charlain y Fernandez.
[illegible]elva	J. de Osorno é hij.
[illegible]sca	M. Guillen.
Art	
Jaen	F. Lopez.
Játiva	J. Perez.
Jerez	F. Alvarez y Aranda.
Leon	M. Gonzalez Redondo.
Lérida	E. Blasco.
Linares	R. Carrasco.
Logroño	C. Verdejo.
Lorca	A. Gomez.
Lucena	J. B. Cabeza.
Lugo	M. Pujol y Macia.
Mahon	P. Vinent.
Málaga	E. Cañavate.
Manila	A. Olona.
Manzanares	R. Peñuelas.
Mataró	J. Abadal.
Med.ª del Campo	C. Cruz.
Medina Sidonia	F. Ruiz Benitez.
Murcia	T. Guerra.
Ocaña	V. Calvillo.
Orense	J. Ramon Perez.
Orihuela	J. Bonet.
Oviedo	B. Longoria.
Palencia	G. Camazon.
Palma	E. Pascual.
Pamplona	J. Rios y Barrena.
Pontevedra	M. Verea y Vila.
Puerto de Sta. M.ª	J. Valderrama.
Requena	R. Ripollés.
Reus	J. B. Vidal.
Rioseco	M. Prádanos.
Rivadeo	F. Fernandez de Torres.
Ronda	R. Gutierrez.
Salamanca	T. Oliva.
San Fernando	J. Tellez de Meneses.
San Lorenzo	P. Catalina de Velasco.
Sanlúcar	J. M. Villar.
San Sebastian	I. R. Baroja.
Santa Cruz de Tenerife	P. M. Ramirez.
Santander	P. Basañez.
Santiago	B. Escribano.
Segovia	J. Sancho Pulido.
Sevilla	F. Alvarez y com.ª

EL PLANETA VENUS.

ZARZUELA FANTÁSTICA EN TRES ACTOS,

Letra de DON VENTURA DE LA VEGA.

Música de DON EMILIO ARRIETA.

El argumento está tomado de la ópera francesa titulada *El Caballo de bronce.*



MADRID.

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, CALLE DE SAN ANTON, NÚM. 26.

1858.

PERSONAS.	ACTORES.
KADOR, *príncipe imperial.*	SR. SALCES.
TZING-ZING, *Mandarin.*	SR. SALAS.
TCHIN-KAO, *rico labrador..* . . .	SR. CALVET.
YANKO, *labrador.*	SR. CALTAÑAZOR.
ESTELA, *princesa del Gran Mogol.*	SRA. MORA.
PEKÍ, *jóven labradora.*	SRA. ZAMACOIS.
TAO-LIN, *mujer del Mandarin.* . .	SRA. SORIANO.
MARFISA, *habitante de Venus.* . . .	SRA. FERNANDEZ.

CORO DE PUEBLO DE AMBOS SEXOS, DE MAGNATES, SOLDADOS Y DE MUJERES HABITANTES DEL PLANETA VENUS.

Los actos 1.° y 2.° pasan en China; el 3.° en el Planeta Venus.

ACTO PRIMERO.

En China.—Paísage pintoresco.—A la izquierda, la granja de Tchin-Kao.—A la derecha una Pagoda.—En el fondo una aldea.

ESCENA PRIMERA.

INTRODUCCION.

Coro de hombres y mujeres del pueblo, delante de la Pagoda. Mientras se canta la 1.ª estrofa, salen de dicha Pagoda Tchin-Kao, Tzing-Zing, Pekí, *rodeados de los bonzos que acaban de casar á los dos últimos.*—Yanko, *que está con el coro, llora de tristeza al verlos salir.*

Coro.

Las campanillas de la Pagoda
tocan á fiesta, tocan á boda,
tilin, tilin,
tilin, tilin...
en honra y gloria del gran Tzing-zing!

Yanko. (*Llorando.*)

Las campanillas de la Pagoda
tocan á fiesta, tocan á boda...
jí, jí!—jí, jí!
jí, jí!—jí, jí!
por el dinero del Mandarin!...

CORO.

Gózate, niña de humilde cuna,
pues hoy alcanzas tan gran fortuna!
tilin, tilin!
tilin, tilin!
Eres esposa de un Mandarin!

YANKO.

Tú me decias, ah! mentirosa!
aunque eres pobre, seré tu esposa.
Y al fin, al fin,
al fin, al fin...
eres esposa de un Mandarin!

TCHIN.

Oh! campanillas de la Pagoda,
tocad á fiesta, tocad á boda:
tilin, tilin,
tilin, tilin...
mi hija es esposa de un Mandarin!

Oh! campanillas! ese ruido
ya me parece que es el sonido
tin tin, tin tin!...
tin tin, tin tin!...
de los escudos del Mandarin!
(A su hija.)
(Habla á tu esposo!)

PEKÍ.

(Me causa empacho!)

TCHIN.

(Si no despides á ese muchacho,
vas á dar celos al Mandarin!)

YANKO.

(Acercándose con disimulo á Pekí.)
(Así me dejas?)

PEKÍ.

(No es culpa mia!)

YANKO.

(Vente conmigo!)

PEKÍ.

(Bueno seria!
Nos degollaba el Mandarin!)

TCHIN. *(Dirigiéndose al Mandarin.)*

Grande es el gozo de la doncella!
Ruborizada sus lábios sella
viéndose esposa del gran Tzing-zing.

TZING.

El que se dígna darte su mano
es favorito del Soberano,
es potentado y es Mandarin!
Esa boquita
que á amar incita,
y esos ojillos
tan picarillos,
y esa cintura
y esa frescura
me tienen loco,
loco de amor!...
Y á eso debes, niña hermosa,
el honor de ser esposa
de Tzing-zing, el favorito
del celeste Emperador.

YANKO. *(Aparte á Pekí.)*

(Ya te retiras!
ya no me miras!
Llevóse el viento
tu juramento?
No, dueño mio;
rompe con brio,
y á ese vejete
dile que no!—

PEKÍ (*Aparte á Yanko.*)

Calma ese fuego,
yo te lo ruego!
Si no me dejas,
si no te alejas,
ay! de tu vida,
prenda querida!
será despojo
de su rencor!

LOS DOS.

No hay remedio, no hay camino!
me abandono á mi destino!
coronar no quiere el cielo
nuestra dicha, nuestro amor!

TZING-ZING.

Al fulgor de su mirada
siento hervir mi sangre helada!...
Ya la nieve de mi pecho
se trasforma en vivo ardor!

TCHIN-KAO.

Gracias mil os doy postrado
por la dicha que he logrado!
Nos confunde, nos humilla
tanta gloria, tanto honor!

CORO.

Gracias mil te dá postrado
este pueblo que has honrado.
Nos confunde, nos humilla,
tanta gloria, tanto honor!

YANKO.

Me abandonas por el viejo!
Yo tambien de tí me alejo,
y al caballo me abalanzo,
pues desprecias mi dolor!
(Echa á correr y desaparece.—Oyese el golpe del tam--tam, con un trueno.)

TODOS.

Cielo! cielo!—qué anuncia ese trueno!
qué estraño rumor!
Yanko! Yanko!—al caballo de bronce
se arroja veloz!
Vedlo! vedlo!—el caballo animado
las alas tendió!
Vedlo! vedlo!—cual águila altiva
los aires cruzó!

PEKÍ.

Yanko! Yanko!—detente, detente!...
le mata mi amor!
(*Cae desmayada: el coro acude á socorrerla.*)

TCHIN. Se ha desmayado!.. Llevadla, llevadla adentro. Ya se le pasará. (*Unos llevan á Pekí por la izquierda, otros se van por el foro.*)

ESCENA II.

TZING-ZING.—TCHIN-KAO.

TZING. Qué es esto, señor Tchin-kao?

TCHIN. Poderoso señor!.. nada!.. el susto!.. con ese trueno tan gordo!.. Vuestra futura esposa es una paloma tan tímida!..

TZING. Y ese Yanko que ha subido en el caballo alado?

TCHIN. Ese Yanko?.. (Tratemos de que no sospeche...) Ese Yanko... és un muchacho de la aldea... un mala cabeza.... què ya debia estar empalado... y sin duda por librarse del castigo...

TZING. Me pareció que se acercaba demasiado á tu hija.

TCHIN. Qué! no señor!—No faltaba mas! Vaya!—Pues si la muchacha está loca de alegría!—Un labrador como yo, tener el alto honor de que suba su hija al lecho del Gobernador de nuestra provincia, de un Mandarin de primera clase, de un favorito del celeste emperador, del gran Tzing-zing! No es nada! Vos que aparecíais todos los

años por nuestra aldea para empalar á unos, cortar la cabeza á otros, y sacar el dinero á todos, venir hoy tan manso á ser mi yerno, comprándome á mi hija Pekí por un crecido dote!

TZING. Es verdad. Regocíjate, villano Tchin-kao; vengo á hacerte el honor de admitir á tu hija en el número de mis mujeres.

TCHIN. Teneis muchas, señor?

TZING. Tengo cuatro.

TCHIN. Es posible!

TZING. Muebles de lujo. Un Mandarin, por su clase, está obligado á ese gasto.

TCHIN. Aquí en la aldea, nadie tiene mas que una.

TZING. Y sobra. Eso no es para vosotros. Son artículos caros; porque tenemos que pagar un dote al padre de cada mujer.

TCHIN. Escelente costumbre! Es un estímulo justo para los padres de familia!—El dote que me habeis dado ha sido espléndido!—Solo temo, señor, que mi pobre hija no se lleve bien con las otras cuatro...

TZING. No se llevará peor que yo!

TCHIN. De veras?

TZING. La primera es tonta: la segunda sabidilla: la tercera celosa; pero esas no me incomodan tanto, porque las tengo siempre encerradas: la que me pudre es la cuarta, mi ilustre y adorada Tao-lin!

TCHIN. Que será fea!

TZING. Y que ademas reune los defectos de las otras tres.

TCHIN. Y cómo no la habeis repudiado?

TZING. Calla! no puedo! porque es de la sangre imperial.

TCHIN. De la sangre imperial! Cómo es eso?

TZING. Sí: en China hay unos cuantos miles de mujeres que se hallan en ese caso, por traer su orígen de los deslices de nuestros Emperadores: estas tienen el privilegio de levantarse el velo, de salir solas y de tratar á la baqueta á sus maridos, como hace conmigo mi ilustre y adorada Tao-lin!—Paciencia, Tzing-zing! Tú lo has querido, por vanidad! por ser favorito del Empe-

radɔr!—Asi es que cansado de que esta mujer me mande, he buscado una á quien mandar yo.

TCHIN. Os doy gracias, señor!

TZING. Pero has de saber que estoy en áscuas, porque esta mañana recibí el aviso de que mi ilustre y adorada Tao-lin se habia puesto en camino con direccion á mi palacio de verano.

TCHIN. Ese palacio que teneis ahí, á la salida de nuestra aldea?

TZING. El mismo. Y por eso he querido apresurar la ceremonia, y casarme con tu hija esta mañana; porque si acierta á llegar antes mi ilustre y adorada Tao-lin, es capaz de armarme una pelotera.

TCHIN. Ay! pobre de mí!

TZING. Así pues, lo que has de hacer es preparar ahí en tu casa el festin de boda y el tálamo nupcial, ahora mismo.

TCHIN. Tanto honor!..

TZING. Y yo procuraré que en todo el dia de hoy no tropiece conmigo mi ilustre y adorada Tao-lin. *(Aparece por el foro Tao-lin en un palankin llevado por cuatro esclavos.)*

ESCENA III.

Dichos.—TAO-LIN.

TZING-ZING.

Qué pasos escucho?
Ay triste de mí!
Conozco, conozco
aquel palankin.

TCHIN-KAO.

Qué os turba?

TZING-ZING.

No miras?
Ya viene hácia aquí!

TCHIN-KAO.

Quién es?

TZING-ZING.

El demonio!
la ilustre Tao-lin!

TAO-LIN.

Que nunca de palacio
te vuelvas á ausentar
sin que consienta en ello
tu cónyuge imperial.

TZING-ZING.

Postrado en tu presencia,
tu humilde siervo está!
El polvo de tus plantas
permíteme besar!

TCHIN-KAO.

(Qué haceis! ante una esposa
os vais á arrodillar!)

TZING-ZING.

(Silencio! no se enfade
mi cónyuge imperial!)

TAO-LIN.

Alzad! y la nueva
que os traigo escuchad!

TZING-ZING.

Cuál es?

TAO-LIN.

Estos sitios
hoy mismo dejais!

TZING-ZING.

(Qué escucho!)

TAO-LIN.

A la córte
debemos marchar.

TZING-ZING.

Hablad, esplicaos.

TAO-LIN.

En breve será.
Oid sin testigos!
Villano, marchad!

TAO-LIN.

Dá mil gracias á los cielos,
que concede á tu humildad
tener una esposa de sangre imperial!

TZING-ZING.

(De contento salto y brinco.
Oh! qué gusto que me dá
tener una esposa de sangre imperial!)

TCHIN-KAO.

(Adios boda y adios dote!
Es un gozo á la verdad
tener una esposa de sangre imperial!)

ESCENA IV.

TZING-ZING.—TAO-LIN.

TAO-LIN. Vamos á ver! decid ahora si no debeis tener á grandísimo honor haberos enlazado en dulce consorcio con una esposa, que á sus altas prendas, añade la de sentir correr por sus venas sangre imperial, con una prima del Emperador en sétimo grado! Vamos á ver! decidlo.

TZING. Digo y confieso, mi ilustre y adorada Tao-lin, que es para mí un honor!... y sobre todo, un placer!... y sobre todo, en este momento!...

TAO-LIN. Sin el lazo conyugal que nos une, qué seria de vos, pobre Mandarin, gobernadorcillo de esta miserable provincia, en la que vegetariais con vida insustancial y monótona, sin poder salir

de estos riscos, ni ir á Pekin, ni presentaros en la córte!...

TZING. Es que, á decir verdad...

TAO-LIN. Silencio! que no he concluido!—El príncipe imperial, el jóven Kador, que está viajando hace un año para instruirse, ha emprendido ya su vuelta á la córte, y hoy debe pasar por este pueblo. En Pekin se preparan grandes fiestas para recibirle. Quiero que disfrutemos de ellas.

TZING. Cómo?

TAO-LIN. El Emperador, á ruego mio, se ha dignado nombraros para un cargo el mas honorífico que pudiérais ambicionar!... la plaza de Tang-king-chon, ó sea preceptor del Príncipe.

TZING. Es posible! Tang-king-chon!... un honor semejante!

TAO-LIN. Y me lo debeis á mí! Esa plaza os dá el derecho de no poder separaros ni un instante del lado de Su Alteza.

TZING. No poder separarme!...

TAO-LIN. Nunca!... á menos que él no os lo mande. Ah! tambien os dá el derecho de que el Príncipe, cuando se canse de vos, pueda mandar que os corten la cabeza.

TZING. Sopla!... ese derecho me hace menos gracia.—Pero por fortuna, yo conozco al príncipe Kador: en mi calidad de letrado, fuí yo uno de los maestros que en sus primeros años le enseñaron la lectura, y recuerdo que era muy afable y muy poco dado á la etiqueta.

TAO-LIN. Pues en cuanto llegue, preparaos á acompañarle.

TZING. Quedo en ello. Y Su Alteza sin duda se detendrá algunas horas, y será preciso que le alojemos en nuestro palacio de verano.

TAO-LIN. Teneis razon: voy allá á dar mis disposiciones para que se le reciba: prepararé un banquete.

TZING. Sí, sí, andad sin perder tiempo: que guisen unos gusanos; que asen un par de perros... lo mejor... lo mas esquisito!...

TAO-LIN. Voy corriendo.

TZING. (Ya me he zafado de ella; y podré celebrar mi boda!...) (*Música lejana.*)

TAO-LIN. Esposo!... no oís?... ese ruido... esas aclamaciones!...

TZING. (Ay! Dios mio!)

TAO-LIN. Dicho y hecho!... no veis allí desplegada la bandera imperial?—El es!... es Su Alteza!... Mi pariente!... como hijo del Emperador, es mi sobrino! Dicen que es buen mozo: mucha gana tengo de conocerlo!

TZING. Pero no veis que viene todo el pueblo con él! Seria decente que os presentárais á los ojos de todos!... Retiraos, esposa, retiraos: mi dignidad... vuestro decoro lo exigen!

TAO-LIN. Bien. Pero así que se quede solo, me presento. (*Entra en la Pagoda.*)

TZING. Y mi boda, señor!... todos son contratiempos!.. yo me desespero!...

ESCENA V.

TZING-ZING. —KADOR. — *Acompañamiento.*—(*Kador viene en un elefante muy engalanado, acompañado de magnates y soldados: el pueblo le rodea.*)

CORO.

Rindamos homenaje
al Príncipe imperial,
que nuestra pobre aldea
se digna visitar!
Qué honor!
qué honor!
Qué honor tan singular!

TZING.

(Entrambos apetitos
no acierto á conciliar!
Mi novia por allí!
mi empleo por acá!
No sé!
no sé
no sé cómo acertar!)

KADOR.

Huyendo el engaño
de falso oropel,
el mundo he corrido
buscando el placer.
Hallar esperaba
engaños doquier,
hipócrita el hombre,
falaz la mujer!...
Mentira! mentira!...
Ya en limpio saqué...
que para ser feliz
fiarse es lo mejor
de los amigos
en la amistad,
de las mujeres
en el amor!

CORO.

Rindamos homenaje, etc.

KADOR. Gracias, amigos, gracias por el recibimiento que haceis á vuestro Príncipe!

TZING. Si V. A. se digna pasar á descansar en mi palacio...

KADOR. Luego. Por ahora quiero visitar estos contornos, y prohibo toda etiqueta conmigo. Retiraos, amigos, volved á vuestros quehaceres. Yo me despediré de vosotros antes de partir. (*Todos se retiran.*) Tú, Tzing-zing, quédate á mi lado.

TZING. Es obligacion de mi nuevo empleo, poderoso señor!

KADOR. Cierto.—Acabo de recibir la órden de mi padre, en que me anuncia que te ha nombrado mi preceptor, y me felicito por ello. Recuerdo que cuando eras mi maestro de lectura me tratabas muy bien, me dejabas hacer cuanto queria.

TZING. Y pienso continuar con el mismo sistema.

KADOR. Será muy conveniente... sobre todo para tí.

TZING. Sí, señor! Ya sé que uno de los derechos que me dá mi nuevo empleo es el de que me corteis la cabeza...

KADOR. De ese derecho no disfrutarás sino en casos muy contados.

TZING. Gracias, señor!...

KADOR. Pues bien, prepárate á que partamos hoy mismo.

TZING. (Esta es otra!) Hoy mismo, señor!

KADOR. Hoy mismo.

TZING. A la córte?

KADOR. Dios me libre!

TZING. Pues dónde?

KADOR. Qué sé yo! á cualquier parte, menos allí.

TZING. Qué decís!... no comprendo!...

KADOR. Escucha.—Mi padre quiere casarme; y yo no puedo consentir en ello, porque estoy enamorado de otra mujer... de otra mujer que tiene encantada mi alma, que ocupa mi pensamiento... y esa mujer... mí padre no puede dármela por esposa.

TZING. Y por qué no? Echándoos á sus pies, confesándole vuestra pasion...

KADOR. Imposible!

TZING. Amándoos con la ternura que os ama... no habiendo nada que resista á su poder soberano, aunque la mujer que amais fuese la mas ilustre princesa...

KADOR. Oh! si no fuera mas que eso!...

TZING. Cielos! ya caigo! es alguna villana... alguna vasalla vuestra?

KADOR. Tampoco.—Oyeme, Tizing-zing! vas á tenerme por loco... vas á desconocer á tu antiguo discípulo..

TZING. Desconocer!... Al contrario, señor!

KADOR. Pues has de saber que esa mujer encantadora.. divina... que me tiene fuera de mí...

TZING. Quién es?

KADOR. No lo sé!

TZING. Pero dónde habita?

KADOR. No lo sé!

TZING. Pero dónde la habeis visto?

KADOR. En sueños!...

TZING. En sueños!
KADOR. Escucha!

CANTO.

La noche vertía su blando beleño,
cerraba mis ojos pacífico el sueño:
un rayo de lumbre mi mente inundó;
y el cielo á mi vista sus puertas abrió.
Entre celages
de grana y oro,
yo ví la imágen
del bien que adoro!
Flotaba en torno
del albo cuello
la crencha rubia
de su cabello!
En ansia viva
de amantes lazos,
hácia mi lecho
tendió sus brazos;
y de sus lábios,
entre gemidos,
llegó este acento
á mis oidos:
«Inmenso amor
te espera aquí:
dulce Kador,
ven hácia mí.»
Y apenas pronuncia tan mágico acento,
la hermosa entre nubes se oculta veloz;
y siempre á mi oido, en alas del viento,
de lejos, de lejos llegaba la voz...
«Inmenso amor,
te espera aquí:
dulce Kador,
ven hácia mí!»
Qué me dices, voto á tal!
de este sueño original?

TZING.

Que esas cosas, al dormir,
yo tambien las suelo oir:

pero luego al dispertar...
no me vuelven á soñar!

KADOR.

Tú escarneces mi dolor!
Pues escucha lo mejor!
Cuando mis ojos
la noche cierra,
ella entre nubes
baja á la tierra,
y el mismo sueño
de dia en dia,
tiene ofuscada
mi fantasía.
De su hermosura
feliz cautivo,
despierto muero,
durmiendo vivo!
Y es mi vivir
y es mi anhelar,
siempre dormir!
siempre soñar!

TZING-ZING.

Pues yo mejor
quisiera hallar
ese favor
al despertar.

TZING. Cosa mas rara! Y nunca habeis visto á esa mujer sino en sueños?

KADOR. Nunca, nunca sino en sueños!

TZING. Y sigue apareciéndose todas las noches?

KADOR. Todas, sin faltar una!—Escuso decirte que en mis viajes he consultado sobre esta aparicion portentosa á todos los sábios y astrólogos de la China y del Thibét.

TZING. Y qué os han dicho?

KADOR. Todos convienen en que esa mujer es habitante de alguna estrella. Unos la suponen hija de Saturno... otros de Sirio... otros, los mas, creen

que debe de ser la perla del Gran Mogol, una princesa de divina hermosura que desapareció, la nacer, de la córte de su padre, y que un sábio encantador trasportó no se sabe á cuál de los planetas, donde yace cautiva hasta que se deshaga el encanto.—Pero en resolucion, todos me aseguran que esa mujer, que se me aparece en sueños, sea quien fuere y habite donde habitare, es la que debe ser mi esposa.

TZING. Lo mismo opino yo.

KADOR. Pero dónde se halla?.. en qué pais... en qué region he de buscarla?

TZING. Eso es lo que yo no sé!

KADOR. Ni yo tampoco. Pero la he de hallar, viven los cielos! La buscaremos, Tzing-zing, la buscaremos!.. Tú me ayudarás con tu esperiencia; y supuesto que tu nuevo empleo te impone el deber de no separarte de mí, partiremos esta tarde.

TZING. Esta tarde!.. Ay! señor!.. Y no os seria lo mismo... mañana?

KADOR. Mañana!.. Y por qué no hoy?

TZINK. Porque hoy... Os confesaré la verdad. Porque hoy me caso.

KADOR. Es posible! Y con quién?

TZING. Con una jóven... hija de Tchin-kao... un labrador rico.

KADOR. Sea enhorabuena! Me lo callabas?—En ese caso nos quedaremos.—Y dime, es hermosa?

TZING. Oh! señor! un rostro celestial!

KADOR. Celestial?.. Celestial, dices?.. Ay! Dios mio!.. qué rayo de luz!.. Si fuera esa la de mi aparicion!

TZING. Cómo!... señor!.. qué locura!..

KADOR. Y por qué no?.. Tráemela... yo necesito verla!.. Si en su rostro descubro alguna semejanza...

TZING. (Esto solo me faltaba!.. Con que se le figure no mas... me la vá quitar!..) (*Aparece Tao-lin á la puerta de la Pagoda cubierta con el velo.*)

KADOR. Cielos! qué veo!.. una mujer! (*Música.*)

ESCENA VI.

Dichos.—Tao-lin.

CANTO.

Tao-lin.

Ven, caro esposo!

Kador.

(Qué escucho!.. oh! Dios!..)
Esa es tu esposa?

Tzing-zing.

Sí, gran señor.

Kador.

(La nueva esposa
de quien me habló!)

Tzing-zing.

(Si me la quita...
qué gran favor!)

Kador.

(Gallarda es su apostura!
esbelta es su cintura!
El velo que la esconde
redobla mi interés,
y el alma me responde
ella es!
ella es!)

Tzing-zing.

(Le agrada su apostura!
la mira con ternura!
Si fuera, cielo santo!
Si fuera mi mujer!
la ninfa del encanto!
qué placer!
qué placer!)

TAO-LIN.

(Si el velo descorriera!..
si el rostro descubriera!..
su pecho sentiria
doblado el interés,
y al punto le veria
á mis piés!
á mis piés!)

KADOR.

Si os dignais del bello rostro
ese velo descorrer...

TAO-LIN.

El pudor no lo consiente,
ni mi esposo.

TZING-ZING.

Sí, mujer!..
los preceptos de Su Alteza
acatar es mi deber!

TAO-LIN.

Obedezco! (*Se quita el velo.*)

KADOR.

Ay! Dios!..

TZING-ZING.

Qué tal?..
Es la misma?

KADOR.

No! no es!
No es ella, no es ella!
No es esta la faz
que encanta mi sueño,
que turba mi paz!

TZING.

(No es ella, no es ella!
destino tenaz!

no quiere la suerte
que viva yo en paz!)

TAO-LIN.

(Ya pone mi esposo
su gesto de agraz!
Y el Príncipe al verme
ya pierde la paz!)

ESCENA VII.

Dichos.—TCHIN-KAO.—PEKÍ.

TCHIN. *(A Peki.)*

(Muchacha, ven conmigo:
cuidado con llorar.)
(A Kador, arrodillándose.)
Señor, á vuestras plantas
se postra mi humildad!

KADOR.

Quién eres?

TCHIN.

Vuestro siervo:
Tchin-kao, el labrador.

KADOR.

El padre de esa jóven!...
(Señalando á Tao-lin.)

TAO-LIN.

Mi padre!... estais en vos!
Yo soy Tao-lin, nacida
de la sangre imperial!

KADOR.

No sois con quien hoy mismo
Tzing-zing se va á casar?

TAO-LIN.

Casarse!... Es cierto!... Infame!

TZING-ZING.

(Calla por Dios, mujer!)

TAO-LIN.

Qué hará con cinco esposas
un hombre como él!

TZING-ZING.

(No digas esas cosas!...
Modérate, Tao-lin!)

KADOR.

Y en fin, cuál es la novia
del ínclito Tzing-zing?

TCHIN-KAO.

La novia está presente.
Miradla!
(*Trae á Pekí, que se arrodilla.*)

TAO-LIN.

Mi rival!

KADOR.

Oh! Cielos!... qué estoy viendo!...
su talle!... su ademan!
Oh! si esta fuera,
dulce ilusion!
la que anhelante,
busca mi amor!

TZING-ZING.

(Ay! si esta fuera
la que soñó!
hoy para sustos
no gano yo!)

TCHIN-KAO.

(Ay! si le gusta!
qué grande honor!

llamarme suegro
de tal señor!)

TAO-LIN.

(Ay! si á Su Alteza
le inspiro amor!
no puede darme
placer mayor!)

PEKÍ.

(Ay! si Su Alteza
por compasion
me libertase
de tal union!)

TAO-LIN.

Veré de mi rival
la rara perfeccion!
(*La quita el velo.*)

TODOS.

Qué haceis!...

TZING-ZING.

(Pobre de mí!)
Y bien?... (*A Kador.*)

KADOR.

No es ella... no!

TZING-ZING.

(Respiro!)

KADOR.

Hermosa jóven,
por qué llorais?

PEKÍ.

Señor!
no puedo revelarlo!

TZING-ZING.

Y á mí?

PEKÍ.

Tampoco á vos!

TZING-ZING.

A mí, que soy tu esposo!...

PEKÍ.

Dejadme!

KADOR.

Ten valor!
Tu Príncipe te manda
contarle tu dolor.

PEKÍ.

A vos quizá me atreva...
á vos... y solo á vos!

KADOR.

Dejadnos!

TZING-ZING.

Retiraos!

KADOR.

Y tú tambien.

TZING-ZING.

Yo no!

KADOR.

Traidor!

TZING-ZING.

Mi nuevo empleo
me pone en el deber
de estar á vuestro lado...

KADOR.

Y á mí me da el poder
de hacer que tu cabeza...

TZING-ZING.

Ay! Dios!... Lo sé muy bien.

KADOR.

Pues vete!

TZING-ZING.

Ya me marcho.

TAO-LIN.

Callad y obedeced.
(*Llevándoselo.*)

TZING-ZING.

(Al mismo diablo
mi suerte doy!—
Sin quién me quedo!
Con quién me voy!)

KADOR.

En mí contempla
tu protector:
dime la causa
de tu dolor.

PEKÍ.

(Ay! si Su Alteza
por compasion
me libertase
de tal union!)

TCHIN-KAO.

(Ay! si le gusta, etc.)

TAO-LIN.

(Ay! si á Su Alteza, etc.)
(*Tchin-kao entra en su casa: Tao-lin se lleva por el foro á Tzing-zing.*)

ESCENA VIII.

KADOR.—PEKÍ.

KADOR. Se marchó por fin: cuidado si me ha costado trabajo echarlo de aquí!—Con que vamos,

hermosa jóven, acércate, no temas: dijiste que á mí solo descubririas la causa de tus lágrimas: ya estoy solo.

PEKÍ. Ay! señor!... yo creí que tendria mas ánimo... y ahora veo que no me atrevo!...

KADOR. Vamos, yo te ayudaré.—Dime: no te parece que has hecho una gran boda? No te contenta verte con un esposo que tiene poder, riquezas... con un esposo á quien amas...

PEKÍ. Eso no.

KADOR. Cómo?

PEKÍ. Pues ahí está el cuento, señor: porque es el caso que yo... no le amo.

KADOR. (*Ap. riendo.*) Eso ya lo adivinaba yo!—Bien: ya me hago cargo de que su facha, sus sesenta años y sus cuatro mujeres no son las cualidades mas á propósito para inspirar una pasion; pero al cabo, él es rico, te dará comodidades, y tú... no teniendo amor á otro...

PEKÍ. Pues ese es el caso, señor... que sí lo tengo.

KADOR. Hola!... ya hemos dado en la dificultad! Con que amas á otro?—Cuéntame: á quién?

PEKÍ. A un jóven labrador, llamado Yanko, dependiente de mi padre, y con el cual me he criado. El pobre Yanko no posée nada... nada mas que su amor... que para mí era lo suficiente; pero mi padre no piensa así: mi padre ante todas cosas queria pillar el dote, y por eso me ha obligado á casarme con el señor Tzing-zing. Y el pobre Yanko, al verme casada, sabeis lo que ha hecho?... (*Rompe á llorar.*)

KADOR. Qué ha hecho? tirarse al rio?...

PEKÍ. Al contrario!...—Ha ido y se ha montado en el caballo de bronce!

KADOR. En el caballo de bronce!... y qué caballo es ese?

PEKÍ. No lo sabeis?... Pues si hace ya medio año que lo tenemos ahí en lo alto de esa roca.

KADOR. Pero como hace ya un año que ando viajando, y no he pasado por esta comarca, no tengo noticia...

PEKÍ. Es verdad! Pues os contaré!... es una cosa que nos tiene aterrados!—Habeis de saber que hará cosa de seis meses, oimos una mañana un

trueno espantoso; nos asomamos al campo, y vimos aparecer, sobre esa roca pelada que está allí á la salida del pueblo, un caballo de bronce con alas, que bajó de arriba; nadie sabe de dónde!

KADOR. Es eso cierto?... Y qué pasa con ese caballo?

PEKÍ. Han pasado cosas maravillosas!

KADOR. Qué cosas? Cuéntame!

PEKÍ. Oid.

CANTO.

Un mancebo enamorado
que perdió toda esperanza,
sale al campo desalado
y al caballo se abalanza.
Apenas del jóven
el peso sintió,
el caballo despliega las alas
y al amante infeliz se llevó!

KADOR.

Oh! quién fuera el dichoso viajero
que á caballo los aires cruzó!

PEKÍ.

Duró un dia solamente
aventura tan estraña;
y el caballo de repente
aparece en la montaña.
El pobre mancebo
al mundo volvió;
y al bajar del caballo de bronce,
para siempre sin habla quedó.

KADOR.

Ah! qué importa que el habla perdiera,
si en el cielo un instante la vió!

PEKÍ.

Pobre Yanko! al ver perdido

de su vida el dulce encanto,
y en poder de otro marido
la mujer que amaba tanto;
al mónstruo de bronce,
veloz se lanzó!...
y el caballo desplega las alas,
y mi paz y mi amor se llevó!

KADOR.

Siempre así desparece á mis ojos
la beldad que en el sueño me habló!

KADOR. Oh! qué deliciosa aventura! Cuánto diera yo por hacer ese viaje!

PEKÍ. Estais en vos?

KADOR. Yo que amo todo lo maravilloso!... Y si por dicha el caballo me llevara á los sitios donde alienta mi dulce desconocida! Díme, díme: y nadie ha podido averiguar cosa alguna acerca de ese prodigio?

PEKÍ. Si señor. Vinieron aquí de Pekin unos señores muy sábios, que saben leer, y entienden de todo lo que pasa por allá arriba, comisionados por el Emperador para que esplicaran el caso; y anduvieron mirando y observando, y por fin escribieron una disertacion eu la cual probaron...

KADOR. Qué?

PEKÍ. Que en aquella roca habia un caballo de bronce.

KADOR. Pues están adelantados!—Y dime, cuál es la roca?... enséñame el caballo!

PEKÍ. La roca es aquella; pero el caballo no está allí. Pues no os he dicho que ha echado á volar llevándose á mi pobre Yanko!... Triste de mi!... Sin mi amante!... y casada con un mandarin viejo, horroroso!...—Ah! señor! Si vuestra Alteza hubiera llegado á tiempo, lo hubiera impedido, no es cierto?

KADOR. Sí, hermosa, cierto!

PEKÍ. Y ahora, decid: no podríais descasarme?

KADOR. No alcanza á tanto mi poder, hija mia: las leyes de China son muy severas; seria indispensable

que Tzing-zing consintiese en ello; y ya puedes conocer que no estará de ese humor.—Sin consentimiento del marido, solo el Emperador tiene facultad para disolver un matrimonio.

PEKÍ. El Emperador?... pues yo iré á echarme á sus piés...

KADOR. Bien pensado!... Mira: Tzing-zing irá á la corte de órden mia: procura seducirle para que te lleve; y una vez allí, puedes implorar la gracia de mi padre!..

PEKÍ. Ya! pero entretanto!...

KADOR. Entretanto... nada!... qué ha de suceder!—Fia en el destino!... me dice el corazon que tú y yo hemos de ser al fin felices!

ESCENA IX.

Dichos.—TCHIN-KAO.

TCHIN. Príncipe mio!... qué maravilla! qué asombro!

KADOR. Qué ha sucedido?

TCHIN. El caballo de bronce ha vuelto!

KADOR.
PEKÍ. } Cielos!

TCHIN. Allí está!... acabo de verle desde mi ventana en el sitio acostumbrado; en la punta de la roca.

PEKÍ. Y Yanko?

TCHIN. Yanko ha bajado con él.

PEKÍ. Ah!... (*En ademan de marchar.*)

TCHIN. Qué es eso?... dónde vas?

PEKÍ. Yo, padre!... iba... por curiosidad!... por saber... por preguntarle...

KADOR. Eso me toca á mí. Dile que venga: quiero hablarle.

TCHIN. Obedezco, señor.—Ah! vedle ahí!... El se dirige á este sitio.

ESCENA X.

Dichos.—Yanko.

(*Yanko aparece por el foro, pálido, abatido, andando con dificultad, y con aire alelado, y va llegando al proscenio muy lentamente.*)

Pekí. Ay! Dios mio!... qué desencajado viene!... qué cara!... qué modo de andar!
Kador. Está como alelado!...
Tchin. Diablo de muchacho!... caer aquí otra vez como llovido del cielo!...
Pekí. Yanko!
Yanko. Hum!... (*Hace que* no *con la cabeza.*)
Pekí. Qué dices?
Yanko. Hum!
Kador. Responde!
Yanko. Hum!
Pekí. Qué dices? que *no*?
Yanko. Hum!
Kador. Y es eso todo lo que hablas? Vamos, ven aquí y respóndeme.
Yanko. Hum! hum! hum!...
Pekí. Ay! pobre muchacho!... Yanko! amigo mio!... (*Acercándose á él.*)
Tchin. Niña! niña!... lejos!...
Kador. Déjala!—Acércate, Pekí: háblale... quizá el metal de tu voz le saque de ese estupor!...
Pekí. (*Acariciándole.*) Yanko!.. no me conoces? vuelve en tí!.. Soy Pekí!..
Yanko. (*Alzando la cabeza y abriendo los ojos.*) Pekí!.. Ay! Pekí!.. perdona! no lo volveré á hacer mas!
Pekí. Qué cosa?.. el marcharte?..
Yanko. No! Digo, sí!.. eso! eso!
Pekí. No te entiendo!.. Vamos, cuéntamelo todo!.. Dónde te llevó el caballo!
Yanko. Dónde me llevó!..
Pekí. Sí. Dónde has estado?
Yanko. Dónde he estado?.. Has de saber que he estado..
Pekí. Sigue!..
Yanko. Hum! hum! hum!..
Pekí. No quieres decírmelo?

TCHIN. Vamos, mentecato: despacha: cuéntanos lo que has visto en tu viaje.

YADOK. Señor Tchin-kao, no me apureis: contar lo que he visto en mi viaje... es cosa prohibida!

KADOR.
PEKÍ.
TCHIN. Prohibida!

KADOR. Pues yo te mando que lo cuentes: obedece al hijo de tu Emperador!

PEKÍ. Habla!.. mira que es el Príncipe Imperial!

YANKO. (*Cayendo de rodillas.*) Ay! Príncipe y señor de mi alma! os obedeceré si me lo mandais; pero...

KADOR. Pero qué?

YANKO. Nada: que si yo cuento algo, la cosa mas pequeña de lo que he visto y de lo que me ha pasado... Adios, Yanko! en el momento mismo soy muerto!

PEKÍ. (*Tapándole la boca.*) Ay! Dios mio! calla! calla!.. no digas nada!

KADOR. Muerto?

YANKO. Es decir... peor que muerto! porque...

KADOR. Cómo es eso?

PEKÍ. Por Dios, no le pregunteis mas!.. Se muere por hablar!.. y seria capaz...

YANKO. Si yo contara...

PEKÍ. Calla!

YANKO. Si Su Alteza me manda...

KADOR. Sí, lo mando!

PEKÍ. No lo manda!.. calla! calla!.. Dios mio!.. qué hablador!.. Se le va á escapar sin querer... cuando menos lo piense!.. (*Música lejana.*)

KADOR. Qué ruido es ese?

TCHIN. El cortejo nupcial: tu esposo se acerca...

YANKO. Ay! que es el señor Tzing-zing!.. el Mandarin!.. que viene en su palankin!..

PEKÍ. Y en este momento!.. cuando ha vuelto mi Yanko!..

YANKO. Ingrata!... Si te vas con el viejo... sabes lo que hago?.. contar á voces lo que he visto en mi viaje... y morirme!..

PEKÍ. No, Yanko, no!..—Ah! señor! Príncipe mio, salvadme!

YANKO. Salvadnos á los dos!

KADOR. Tranquilizaos! Confiad en mí! Tengo un pensamiento!

PEKÍ. / YANKO. } Cuál es?

KADOR. Callad!

ESCENA XI.

Dichos.—TZING-ZING.—TAO-LIN.—ACOMPAÑAMIENTO.

(*Tzing-zing viene en un magnífico palankin llevado por cuatro esclavos: su séquito le rodea: detrás viene el pueblo: Tao-lin aparece despues.*)

FINAL CANTADO.

CORO.

El númen de amores
nos hace la señal!
ornemos de flores
el tálamo nupcial!

TZING-ZING.

Objeto adorado!
esposa de Tzing-zing:
ocupa á mi lado
el noble palankin!

TCHIN-KAO.

Pues ser has logrado
esposa de Tzing-zing,
ocupa á su lado
el noble palankin.

TAO-LIN.

(Vengarme he jurado
del pérfido Tzing-zing,
si ocupa á su lado
la niña el palankin!)

KADOR.

(Salvarla he jurado
del viejo Mandarin:
yo haré que á su lado
no ocupe el palankin!)

PEKÍ.—YANKO.

(Aquí de contado
tendrá mi vida fin,
si {ocupo / ocupa} á su lado
el noble palankin.

(Tzing-zing se dirige á Pekí: Tao-lin se interpone.)

TZING-ZING.

Ven, dulce amor!

TAO-LIN.

Detente, fementido!

TZING-ZING.

(Ay! mi cuarta consorte!.. estoy lucido!)

TAO-LIN.

Rebiento de coraje!
A mi sangre este ultraje
yo tolerar no puedo!
Renuncia á esta mujer!

TZING-ZING.

(La tengo miedo!)

PEKÍ.

(Qué incidente dichoso!)

YANKO.

(Ay! qué buena mujer!)

TAO-LIN.

Renuncia, esposo,

TZING-ZING.

(Tzing-zing, valor!)

TAO-LIN.

Renuncia!

TZING-ZING.

No renuncio!
y á pesar de tu estirpe, me pronuncio!
Esposa, ven conmigo!.. (*A Pekí.*)

KADOR.

Poco á poco:
no lo harás por tu Príncipe tampoco?

TZING-ZING.

Respeto vuestra escelsa gerarquía!
Si yo soy vuestro, mi mujer es mia!

PARTE DEL CORO.

Qué asombro!—Qué imprudencia!

OTRA PARTE.

Al Príncipe se atreve! Qué insolencia!

KADOR.

Tiene razon!—Y pues la ley invoca,
invocarla tambien á mí me toca.
Eres mi Tang-kin-chon!

TZING-ZING.

A honor lo tengo.

KADOR.

Acompañarme es tu deber!

TZING-ZING.

Convengo.

KADOR.

Pues yo te mando ahora
seguirme sin demora
á cierta espedicion.

TZING-ZING.

Os sigo y callo.

Dónde es la espedicion?

KADOR.

Dónde? Al caballo!

TODOS.

Al caballo! qué espanto!

TZING-ZING.

Qué escucho! cielo santo!
Y cuál es vuestro intento?

KADOR.

Que nos lleve á los dos cruzando el viento.

TZING-ZING.

A deciros me atrevo
con respeto profundo,
que mi empleo es empleo de este mundo,
y fuera de él no sigo á vuestra Alteza.

KADOR.

Pues elige: el caballo, ó la cabeza!

TZING-ZING.

Gran Dios! Entre dos muertes
qué haré?—La cosa es llana:
elijo entre las dos la mas lejana!

KADOR.—(*A Peki.*)

Libre estás del tirano
que te oprimió:
goza ya, niña hermosa,
tu dulce amor.
Alma del alma mia,
grata ilusion!
Si en los cielos te escondes,
allá voy yo!

———

TZING-ZING.

Ya conocer se deja
que os debo á vos

este dichoso empleo
de Tang-king-chon!
Si al volver he de hallarte,
mujer feroz,
quiera Dios que á la tierra
no vuelva yo!

PEKÍ Y YANKO.

Libre estoy del tirano
que me oprimió:
goza ya la esperanza
mi dulce amor!
Venturoso á la tierra
vuélvate Dios,
Príncipe generoso,
noble Kador!

TAO-LIN.

Agradece á tu esposa
la elevacion
que te ofrece el empleo
de Tang-king-chon.
Y pues viajas al lado
del gran Kador,
envanécete, esposo,
por tanto honor!

TCHIN-KAO Y CORO.

Al caballo de bronce
no corras, no!
tus vasallos lo piden,
noble Kador!
A tus plantas se postran
con sumision:
cede á un pueblo afligido,
cede á su amor!

KADOR. *(Llevándose á Tzing-zing.)*

Al caballo! al caballo!

TZING-ZING.

Sálveme Dios!..

(*Se lo lleva.—Momento de ansiedad.—Música espresiva.*)

TODOS. *Mirando adentro.*)

Ya se acercan!.. Ya suben!..

(*Golpe de tam-tam.*)

Voló!—Voló !!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Habitacion en casa de Tchin-kao. En el foro gran ventana que dá al campo.

ESCENA PRIMERA.

TCHIN-KAO.—PEKÍ.

TCHIN-KAO *está sentado, contando dinero.*—PEKÍ *mirando por la ventana del foro.*

TCHIN. Qué es eso? Descubres algo?

PEKÍ. No señor, nada.—Allí veo la montaña donde suele aparecer el caballo; pero el caballo no está.

TCHIN. Mira hácia arriba... hácia arriba... á las nubes, á ver si lo divisas.

PEKÍ. Ya miro... pero no veo nada. Pobre Príncipe!

TCHIN. Y pobre yerno mio!... Me parece que es cosa perdida.—Cuarenta y cinco, cuarenta y ocho, cincuenta...—Se queda por allá!... y no le volvemos á ver el pelo.

PEKÍ. Es cosa terrible!... tan jóven! tan amable!

TCHIN. Quién? mi yerno?

PEKÍ. No! hablo del Príncipe.

TCHIN. Ya! él tiene la culpa.—Nadie ha de estar contento con su suerte!... La ambicion! El deseo de elevarse!—Setenta y seis, ochenta: ochenta y cuatro.—Con que, en resumidas cuentas, hija mia, eres viuda?

PEKÍ. Sí, padre: así parece.

TCHIN. No te aflijas por eso!

PEKÍ. No señor!

TCHIN. Cómo ha de ser! todos somos mortales!... lo mismo los mandarines, que los demás.

PEKÍ. Ya lo sé.

TCHIN. Y á decir verdad... el hombre era tan viejo y tan feo!...

PEKÍ. Calla! ahora salís con eso?—Pues cuando me casábais con él, no me deciais que era tan guapo!..

TCHIN. Es que entonces me lo parecia.... Sobre todo cuando me llamó para entregarme el dote.. soberbio dote!... Pero es que tú no vales menos... Ven acá, hermosa! (*Abrazándola.*) Hija única!.. qué lástima!... Si yo tuviera siquiera una docena... todas hembras!...

PEKÍ. Querido padre!

TCHIN. Y vamos, que no estarás descontenta de la nueva proporcion que te he buscado.

PEKÍ. Nueva proporcion! qué decís?

TCHIN. Sí. el señor Kant-ckan... el famoso fabricante de porcelana...

PEKÍ. Cómo es eso!

TCHIN. Esta noche te lo presentaré... vendrá con sus amigos, y se celebrará el convite de boda... comeremos lo que se habia dispuesto para el otro...

PEKÍ. Pero padre... eso es inaudito!... Sin consultarme... y el primer dia de viuda...

TCHIN. No: el primer dia de casada. No te ibas á casar hoy?

PEKÍ. Es verdad!

TCHIN. Pues bien: te casas: no hay nada de nuevo... mas que el marido.

PEKÍ. Pero, padre, si tiene setenta años!...

TCHIN. No quiero mozalvetes!

PEKÍ. Pues señor, yo no pienso así; y os digo que si me caso ha de ser con Yanko.

TCHIN. Con Yanko! Ese mentecato, lleno de defectos...

PEKÍ. Cuáles?

TCHIN. Tener veinte años... no tener un escudo...

PEKÍ. Así me gusta á mi... Yo puedo disponer de mi mano... Soy viuda!

TCHIN. Eso no está averiguado.

PEKÍ. Entonces soy casada.

TCHIN. Tampoco!
PEKÍ. Pues qué soy?
TCHIN. Mi hija... y yo tu padre, y mando en tí...
PEKÍ. No señor: si soy casada, no podeis casarme: si soy viuda, soy libre...
TCHIN. Poca bulla... quiero hacerte feliz por fuerza... voy á buscar á mi nuevo yerno para que venga á tomar posesion...
PEKÍ. Pero, padre...
TCHIN. Silencio!... (*Levanta el puño: ella se inclina.*) Así te quiero yo! Noventa y ocho... ciento. (*Se vá.*)

ESCENA II.

PEKÍ.

Vaya un modo de querer!—Y es capaz de hacerlo como lo dice. Pobre de mí!—Ay! si estuviera aquí el Príncipe Kador, tan bueno, tan amable, él me defenderia; y no que ahora... Pero tambien, si yo me acoquino... Caramba! es preciso tener resolucion y no consentir que me sacrifiquen segunda vez.—Aquí viene Yanko... Es cosa particular!... desde que volvió de su viaje por el aire, anda tan triste, tan acobardado...

ESCENA III.

PEKÍ.—YANKO.

YANKO. Ah! sois vos, señora Pekí!...
PEKÍ. Señora Pekí!... por qué me llamas así?
YANKO. Toma!... porque así os debemos llamar... Os habeis casado... Teneis un marido que á la hora menos pensada nos puede caer de las nubes... Y por si acaso no cae... ahora mismo vuestro padre nos acaba de dar parte de cómo está esperando otro nuevo yerno.
PEKÍ. Poco importa, porque yo estoy resuelta á negarme.
YANKO. A negaros!... Sí, sí! ya os vais negando!... Su-

cederá como la primera vez, que os dará miedo, que consentireis, y olvidareis al pobrecito Yanko.

PEKÍ. Es que ahora tengo un recurso infalible para que mi padre no me case.

YANKO. Y cuál es?

PEKÍ. Casarme yo antes.

YANKO. Es posible!

PEKÍ. No te parece?

YANKO. Es decir... me parece... segun quien sea el novio.

PEKÍ. Aconséjame...

YANKO. Os aconsejo... que me digais quién es.

PEKÍ. Quién es? Tú, si me quieres.

YANKO. Yo!... es posible!... No lo creo; no tendreis valor.

PEKÍ. Lo tendré, te lo juro!—Pero antes necesito estar segura de que tú me amas.

YANKO. Ay! muchísimo!

PEKÍ. Yo soy muy celosa! y exijo fidelidad hasta de pensamiento.—Dime la verdad... Me has querido siempre á mí sola?

YANKO. Siempre!

PEKÍ. No me has ofendido nunca?... no has mirado á otra mujer?...

YANKO. Ay! Pekí!

PEKÍ. Júralo!

YANKO. Que lo jure!...

PEKÍ. No te atreves?... tú me engañas!... tú me has sido infiel!

YANKO. Yo quisiera decirte...

PEKÍ. Ya me lo figuro!... con alguna muchacha de la aldea!...

YANKO. No tal! No tal!

PEKÍ. Pues entonces!... Tú no has salido nunca de aquí...

YANKO. Ojalá!...

PEKÍ. Cómo!... fuera de aquí!... Es decir que ha sido cuando te marchaste en el caballo de bronce?—Miren lo que es el viajar!—Pero vamos, dónde estuviste? qué te sucedió? cuentámelo todo.

YANKO. Corriente: si me lo mandas, te lo contaré, porque en todo quiero darte gusto. Pero has de sa-

ber una cosa, y es que si hablo... aquella es mi última hora... te pierdo y me pierdes para toda la vida.

PEKÍ. Ay! Dios mio!

YANKO. Mejor! ese será mi castigo, y bien merecido lo tengo, por bobalicon, por meloso, por dejarme engatusar...

PEKÍ. (*Con viveza.*) De quién?...

YANKO. De quién?... voy á hablar... y ya sabeis lo que me espera...

PEKÍ. No, no!... no hables!...

YANKO. Si quiero!

PEKÍ. Te digo que no!... yo no soy curiosa... yo no quiero saber nada... Es decir... sí quisiera saberlo!... y puede ser que te perdonara, siempre que la infidelidad no fuera mas que... en fin...

YANKO. Allá vá.

PEKÍ. No, no! calla!

YANKO. En qué quedamos... ya quereis, ya no quereis.—Pues ello, ó lo digo, ó teneis que perdonarme á ciegas.

PEKÍ. Caramba!... Tambien es cosa terrible!... Señor, qué secreto será ese!

YANKO. El secreto es...

PEKÍ. Basta, basta: te perdono!

YANKO. Ay! qué gusto!

PEKÍ. Pero con la condicion de que no has de volver á hacerlo.

YANKO. Toma!... Eso, aunque quisiera...

PEKÍ. Es que no has de querer, estamos?

YANKO. Se entiende... No me vuelvo á montar en el tal caballo!

PEKÍ. Bien: ahora escucha.—Esta noche, durante la cena que ha de dar mi padre á su nuevo yerno, yo me saldré callandito por la puerta del jardin: tú estarás allí esperándome...

YANKO. Y cómo nos escapamos... dónde hemos de ir?

PEKÍ. No tengas miedo... Hay una gran señora que nos protege... mi compañera... la otra mujer del Mandarin.

YANKO. Aquella tan arisca?

PEKÍ. Es arisca con su marido... pero con los demas no.—Calla, aqui viene.

ESCENA IV.

Dichos.—Tao-lin.

Tao-lin. *(Saliendo con misterio.)* Perfectamente! Ya esperaba yo encontraros juntos.

Yanko. *(A Pekí.)* Esto es que le habeis contado nuestro secreto?

Pekí. Por supuesto!... Entre mujeres de un mismo marido no puede haber nada oculto...

Tao-lin. Sí! nos ha unido el lazo conyugal, y además el de la desgracia... las dos hemos quedado viudas en el mismo dia!...—porque nuestro marido voló.—Pero en fin, como podria suceder que volviera, por desgracia... digo, por fortuna... porque yo le amo, oh! le amo mucho!... mucho!... y tengo celos!... sí, Pekí, tengo celos de tí!... quiero, pues, por si tal sucede, que no te encuentre aquí...

Yanko. Eso, eso!... ni á mí tampoco!... y hagámoslo pronto, porque el Mandarin vuelve de seguro!

Pekí. Ay! qué miedo!

Tao-lin. Que vuelve, dices?

Yanko. Que vuelve... y apuesto la cabeza!

Pekí. Cómo lo sabes?

Yanko. Vaya!... pues no he vuelto yo?... y eso que yo... vamos.... quise echarla de duro... pero qué!... si aquello... aquello!... ay!... aunque uno fuera... Digo, para que el Mandarin... que estaba hoy consentido... qué!... al momento... al momento... en cuanto él... Ay! ay! que ya se me olvidaba...

Tao-lin. Esplícate...

Yanko. Que me esplique?... para que me suceda... A ver!... suena á madera?

Tao-lin. Qué?

Yanko. El convertirme en...

Pekí. Ay! es verdad! calla, calla!...

Yanko. No tengo hora segùra!... á cada momento se me olvida... Pero en fin, os digo y os repito que el Mandarin vuelve, y vuelve hoy mismo.

TAO-LIN. Pues oid : tú , Pekí , búscate un trage de hombre.
YANKO. Corre de mi cuenta: el mio de los dias de fiesta.
TAO-LIN. Y así que sea de noche, os salís los dos por la puerta falsa del jardin, como ya te he dicho: allí os estará esperando mi palankin, en el cual os llevarán al monte de oro, donde tengo mi palacio de invierno : entrais, y dais esta sortija á un bonzo que allí vereis, y que en el acto os desposará.
PEKÍ. Oh ! qué fortuna !.. Y vos, señora?
TAO-LIN. Yo aquí me quedo por hoy. Si mi esposo vuelve, me lo llevo á Pekin... Si no vuelve, me voy yo sola á ver á mi primo el Emperador, á los bailes, á las fiestas de la córte... á pasar mi viudez !
YANKO. Y yo, para mostrarme agradecido, os daré un consejo. Si vuelve vuestro esposo, tened mucho cuidado de impedirle que hable; que no se le escape el contar nada de lo que ha visto por allá...
TAO-LIN. Al contrario: yo soy curiosa, y quiero saber...
YANKO. Como gusteis; pero si habla...
PEKÍ. Si habla, no le volveis á ver!
TAO-LIN. No le vuelvo á ver?..
YANKO. Si tal... lo que es verle, sí; pero sin servir para nada...
TAO-LIN. Qué dices?... *(Oyese dentro la voz de Tchin-kao.)*
TCHIN. *(Dentro.)* Peki !
PEKÍ. Ay! mi padre!..
TAO-LIN. Hasta la noche; sed puntuales.
YANKO. Voy á traer el vestido. *(Vanse Pekí por un lado y Yanko por otro.)*

ESCENA V.

TAO-LIN.

Bien ! — Ya tengo tomadas mis medidas por si acaso vuelve : una vez casada la chica con Yanko, ya no tiene derecho á ella : á las otras tres

no las temo: aquí se quedarán, y yo me llevaré mi viejo á la córte y haré el primer papel. *(Música.)*

Oh! cielos! qué escucho!
estraño rumor!
Será por ventura
que Yanko acertó!

(Descorre las persianas del foro.—Se vé la roca y sobre ella el caballo.—Tzing-zing se apea con trabajo y se dirige á la escena vacilante y como aturdido.)

Ah! no hay duda!.. El caballo de bronce!
Y mi esposo!.. aquel es!.. ya volvió!

ESCENA VI.

TAO-LIN.—TZING-ZING.

TZING-ZING. *(Saliendo sin ver á Tao-lin.)*

Qué jornada deliciosa!
qué aventura singular!
Ya en la tierra sano y salvo
otra vez me vuelvo á hallar!
Y me encuentro en la morada
de Pekí, mi prenda amada!..
Voy á verla... oh! qué placer!

TAO-LIN.

Caro esposo! al fin te veo!

TZING-ZING.

(Muerto soy.)

TAO-LIN.

(Viene mas feo.)

TZING-ZING.

(Qué demonio de mujer!)
Por tí sola aqui he bajado.

TAO-LIN.

Y del Príncipe qué ha sido?

TZING-ZING.

Por allá me lo he dejado
muy contento y divertido!

TAO-LIN.

Divertido!.. Cómo!.. dónde?
pronto, di... lo mando yo!

TZING-ZING.

Punto en boca!

TAO-LIN.

Habla, responde!

TING-ZING.

No!

TAO-LIN.

Responde!

TZING-ZING.

No!

TAO-LIN.

No?

TZING-ZING.

No!!

(Pausa.—Ella empieza á acariciarlo.)

TAO-LIN.

Tú en el cielo, prenda mia,
habrás visto cosas raras!

TZING-ZING.

Muchas!

TAO-LIN:

Oh! cuál gozaria
si esa historia me contaras!

TZING-ZING.

Esa historia es un portento.

TAO-LIN.

Un portento?..

TZING-ZING.

Qué hago yo!
Soy perdido si la cuento!

TAO-LIN.

No prosigues?

TZING-ZING.

No!

TAO-LIN.

No?

TZING-ZING.

No!!

TAOLIN. (*Suplicante.*)

En tu amor confio,
maridito mio,
que esa historia me dirás.

TAOLIN.

Cuéntamela pronto,
cuéntamela ya:
nadie por mi boca,
nadie la sabrá:

TZING-ZING.

Con tus artimañas
no me harás hablar:
nadie por mi boca,
nadie la sabrá.

TAOLIN.

No?

TZING-ZING.

No!

TAO-LIN.

Ya no pretendo

nada de tí.
Ah! testarudo!
vete de aquí!
Sí! sí! sí! sí!

—

TZING-ZING.

En el garlito
no caigo yo.
Ah! charlatana!
digo que no!
No! no! no! no!

—

Yo me miro condenado
á un martirio sempiterno!
De los cielos he bajado
y me encuentro en el infierno!
Mas sin duda aquí me espera...
(*Mirando al rededor.*)

TAOLIN. (*Con ironía.*)

Buscas ya tu nueva esposa!...
(*Acercándose y con tono dulce.*)
Oye pues, y considera
si soy buena y generosa.
Con Pekí casarte quiero:
yo consiento en esa union.

TZING-ZING.

Ay! qué gusto!

TAO-LIN.

Pero...

TZING-ZING.

Pero!

TAO-LIN.

Es con una condicion!

TZING-ZING. (*Con fuego.*)

Desde luego me someto,
mi cariño te lo jura!

TAO-LIN.

Que me cuentes el secreto
de tu mágica aventura.

TZING-ZING.

Imposible.—Si lo digo,
mi sentencia...

TAO-LIN.

Dila pues.

TZING-ZING.

Tu no sabes el castigo
que me espera!...

TAO-LIN.

Dí cuál es!

TZING-ZING.

Si una sílaba siquiera
se me escapa, aun sin querer,
en estátua de madera
convertido me has de ver!

TAO-LIN.

En estátua?...

TZING-ZING.

En estátua!...

———

TAO-LIN.

En tu amor confio.
maridito mio,
que esa historia me dirás!...

TAO-LIN.

Cuentámela pronto etc.

TZING-ZING.

Con tus artimañas etc.

—

TAO-LIN.

Ya no pretendo etc.

———

TZING-ZING.

En el garlito etc.

(*Tzing-zing desesperado se deja caer en un sillon.*)

———

TZING. Uf! estoy sofocado!... Señora, vos teneis muy malas intenciones!... pero yo adoptaré un medio para no caer en vuestros lazos, que será coserme la boca y no responderos en mi vida una palabra.

TAO-LIN. Corriente! se concluyó para siempre nuestra conversacion.—(*Una pausa. Despues de ella se acerca á Tzing-zing.*) Esposo... decidme... solo una palabra!—Con que es positivo?... Si por casualidad y sin intencion, se os escapara revelar ese secreto, os convertiríais en estátua de madera?...

TZING. Sí!

TAO-LIN. En muñeco de palo?

TZING. (*Impaciente.*) Sí!

TAO-LIN. Como los que hay en la Pagoda, pintados de colores?

TZING. Sí!

TAO-LIN. Y haciendo con la cabeza así?... (*Imitando á los muñecos.*)

TZING. (*Furioso.*) Basta! basta!.. que me sacais de mis casillas.—(*Vuelve á echarse en el sillon.*) Se acabó! ahora sí que no vuelvo á responder!

TAO-LIN. No? A que sí!—No consiento en que os caseis con Peki!

TZING. (*Furioso: va á hablar y se contiene.*) Hum!..

TAO-LIN. He de ser vuestra sombra!..

TZING. Hum!...

TAO-LIN. No os he de dejar ni un instante solo con ella!..

TZING. Hum!..

TAO-LIN. Y ahora mismo voy á hacer que se escape de aquí!

TZING. (*Estallando.*) Eso no!..

TAO-LIN. Veis cómo os he hecho hablar!.. Y hablareis siempre que yo me empeñe!.. (Voy á disponer la fuga de los novios!)

ESCENA VII.

TZING-ZING.

Qué mujer! qué mujer!.. Su mayor diversion consiste en desesperarme. Uf! me ha dejado sin aliento!.. Y despues de un viaje así, por los aires... y de una aventura como la que acabo de correr... Todo el dia á caballo!.. Así es que tengo una hambre!.. y sobre todo, un sueño!.. Ay!.. ir montado á la grupa... en ese maldito caballo, que es mas duro!.. Vaya! siento unos mareos!.. *(Se queda profundamente dormido.)*

ESCENA VIII.

TZING-ZING *(dormido)*.—TCHIN-KAO.—PEKÍ.

TCHIN. Ea, vete á preparar!—Mi nuevo yerno y los convidados estarán aquí dentro de un momento.

PEKÍ. Gran Dios! (*Mirando al foro.*)

TCHIN. Qué es eso?

PEKÍ. El caballo de bronce, que ha vuelto ya!.,—Qué veo!.. y él tambien! (*Viendo á Tzing-zing.*)

TCHIN. El Mandarin!..

PEKÍ. Miradlo!—Creo que está dormido.

TCHIN. Ah! maldito! El diablo lo ha traido! Hay gentes que no pueden parar en ningun sitio!

PEKÍ. (*Ap.*) Y Yanko que ha de venir aquí á buscarme!..

TCHIN. Y mi nuevo yerno que va á llegar! Los dos van á encontrarse, y yo voy á ser empalado!

PEKÍ. Lo veis!.. qué os decia yo!.. por hacer las cosas de prisa...

TCHIN. A ver cómo lo remedio.... Ante todo, voy á avisar al señor Kant-chang... él se hará cargo, y con esperar un poco de tiempo... que nunca podrá ser mucho... Sí, sí: ya está todo compuesto.

PEKÍ. Qué ha de estar!.. Y los convidados?

TCHIN. Es verdad! Y ya no tengo tiempo de avisarles!.. ya estarán en camino de casa... y los músicos que van á llegar...
PEKÍ. Y á qué traíais esos músicos?
TCHIN. A darle una serenata al nuevo yerno...—Calla! ya está todo arreglado!— La cena, los convidados y la música servirán para celebrar la vuelta de este otro... Yerno por yerno!... Verás, verás cómo me lo agradece, y qué contento se pone.
TZING. *(En sueños.)* Hermosa!..
TCHIN. Oyes?.. te llama.
PEKÍ. No! á mí no! será á la otra.
TZING. Pekí!
TCHIN. Lo ves?.. ha dicho Pekí.
PEKÍ. No importa... si está dormido!
TCHIN. Voy á disponerlo todo: quédate aquí con él.

ESCENA IX.

TZING-ZING *(dormido)*.—PEKÍ.—*Luego* YANKO.

PEKÍ. Dios mio! qué apuro! Cómo saldré de este laberinto!
TZING. *(Dormido.)* Pekí!.. Hermosa... vamos á cenar!...
PEKÍ. Está soñando!...
YANKO. *(Sale con un lio.)* Chit!... Pekí...
PEKÍ. Ay Dios!... Yanko!... vete!... no te acerques!... mira!...
YANKO. Ay! qué desgracia!...
PEKÍ. Ya le tenemos de vuelta!...
YANKO. No lo dije yo!... Y el maldito qué pronto ha despachado!...
PEKÍ. Vete por Dios!... Si despierta y te ve aquí!..
YANKO. No despertará tan pronto...
TZING. *(Dormido.)* Esclavos!...
YANKO. Ay!...
TZING. La cena!...
YANKO. Tiene hambre!... no lo estraño!...
PEKÍ. Vete! vete!...
YANKO. Pero qué hacemos?.. Aquí te traia yo el vestido de hombre...
PEKÍ. Dámelo.—Yo me lo pondré mientras estén ce-

nando, y á favor del disfraz me deslizaré entre los convidados... Tú estarás en acecho, y me seguirás á la puerta del jardin...

YANKO. Y nos escaparemos?

PEKÍ. Sí!

YANKO. Bendita seas!

PEKÍ. Vete ahora de aquí.

YANKO. Estoy ayudando á poner las mesas en esos salones... pero estaré á la mira... y conoceré mi vestido.

TZING. (*Dormido.*) Pekí...

PEKÍ. Vete!... (*Yanko se va corriendo.*)

ESCENA X.

TZING-ZING *dormido.*—PEKÍ.

CANTO.

PEKÍ.

Oh! disfraz venturoso,
en tí mi dicha fio:
tú harás que el cielo santo
bendiga el amor mio!

TZING-ZING (*dormido.*)

Jardines deliciosos!

PEKÍ.

Qué dice?

TZING-ZING.

Oh! qué hermosura!

PEKÍ.

Soñando está!

TZING-ZING.

No he visto
mas linda criatura!

PEKÍ.

Oigamos!

TZING-ZING.

El encanto
deshecho quedará;
el brazalete mágico
me apresto á conquistar!

PEKÍ.

Un brazalete mágico!...

TZING-ZING.

Ah! me faltó valor!
En tus hermosos brazos
quiero morir de amor.

PEKÍ.

Acaso el lábio
mueva indiscreto,
y este secreto
al fin sabré.
Teme el castigo
que atroz le amaga:
su voz se apaga!...
oigamos bien...
oigamos bien!...

TZING-ZING.

Divina Estela,
te lo prometo:
este secreto
callar sabré.
Tu atroz castigo
mi sangre hiela!...
Divina Estela,
nunca diré...
nunca diré...

PEKÍ.

Su voz se apaga!...
oigamos bien!...
(*Aplicando el oido.*)
Cielos!... qué escucho!
Oh! qué placer!
El secreto que tanto guardaban...
ya lo sé!... ya lo sé!... ya lo sé!...
(*Vase precipitadamente.*)

ESCENA XI.

TZING-ZING *dormido.—Salen* TCHIN-KAO, *músicos y convidados.*

(*Música misteriosa y piano.*)

TCHIN.—CORO.

Despacito!... con silencio!...
y á su puesto cada cual.
Preparad los instrumentos:
védle allí: dormido está.

TCHIN-KAO.

Suene ya de vuestro canto
la armonía celestial,
y del sueño le despierte
con dulzura y suavidad.
(*Tchin-kao lleva la batuta: todos empiezan muy piano.*)
Noble Tzing-zing, varon preclaro,
que esta mansion viniste á honrar,
despierta ya!
Astro feliz, luciente faro,
gloria y honor de nuestra edad,
despierta ya!
Aquí hallarás virtud sencilla,
amor feliz y dulce paz!
Despierta ya!
Gran Mandarin, despierta ya!

———

TCHIN.

Es singular que no despierte!
Dormido está!
Fuerza será cantar mas fuerte,
cantad, cantad!

———

CORO (*crescendo.*)

Noble Tzing-zing, varon preclaro,

que esta mansion viniste á honrar,
despierta ya!

TCHIN-KAO.

Cantad mas fuerte!
mas fuerte! mas!

CORO (*crescendo.*)

Astro feliz, luciente faro,
gloria y honor de nuestra edad,
despierta ya!

TCHIN-KAO.

Cantad mas fuerte,
mas fuerte, mas!

CORO (*crescendo.*)

Aquí hallarás virtud sencilla,
amor feliz y dulce paz,
despierta ya!

TCHIN-KAO.

Cantad mas fuerte,
mas fuerte, mas!...

TODOS (*fortísimo.*)

Oh! qué prodigio!
no despertar
con este ruido
descomunal!

ESCENA XII.

Dichos.—YANKO.—(*Yanko sale asustado.*)

YANKO.

Oh! qué estrépito espantoso!
Qué sucede?

TCHIN-KAO.

No lo ves!
Que mi yerno se ha dormido!

¡Yanko.

Se ha dormido!

Tchin-kao.

Sí, par diez!
Al momento despertara
si pudiéramos traer
una música de Europa.

Yanko.

Esa sí que suena bien!

Tchin-kao. (*Llegando á tocarle.*)

Yerno mio!.. Yerno mio!..
Mas qué es esto!.. Justo Dios!..
Esta carne endurecida...
Es verdad!.. No hay duda, no!..
En estátua de madera
este sábio se tornó!

Todos.

En estátua de madera!..
Oh! prodigio aterrador!..
Por qué causa, por qué causa
tal castigo mereció?

Yanko.

Por qué causa?.. por qué causa?..
Ja, ja, ja!.. yo bien la sé! (*Riendo.*)
Me he deshecho de un rival!..
Ja, ja, ja!.. Oh! qué placer!..
(*Déjase caer riendo á carcajadas en el otro sillon.*)

Tchin-kao.

Tú lo sabes?..

Yanko.

Ja, ja, ja!

Tchin-kao.

Dila pronto!.. dila pues!

Yanko.

Es que el tonto habrá contado

lo que arriba le ha pasado...
habrá dicho...
(*Viendo que todos le rodean para oir.*)
Ay! qué curiosos!..
(*Tchin-kao los aparta y se acerca solo.*)
Habrá dicho... que...

TCHIN-KAO.

Qué?

YANKO.

Que...
(*Le habla al oido, siempre riendo.*)

TCHIN-KAO.

Es posible!..

YANKO.

Ja, ja, ja!..

TCHIN-KAO.

Sigue!.. acaba!..—Se durmió!..

CORO.

Yanko, Yanko, Yanko, Yanko!..
Despierta ya!

TCHIN-KAO.

Gritad mas fuerte,
mas fuerte, mas!

CORO.

Despierta, Yanko,
despierta ya!

ESCENA XIII.

Dichos.—PEKÍ (*de hombre*).—*Luego* TAO-LIN.

PEKÍ.

Yanko! Yanko!.. Oh! Dios! qué miro!

TCHIN-KAO.

Qué me indica ese disfraz?

PEKÍ.

Ah! dejadme!..

TAO-LIN. (*Saliendo.*)

Por qué causa
este estrépito infernal?

TCHIN-KAO.

Vuestro esposo, gran señora,
y ese jóven labrador,
convertidos...

PEKÍ Y TAO-LIN.

(*Aquella viendo á Yanko y esta á Tzing-zing.*)

Justo cielo!
El secreto reveló!

TCHIN-KAO.

Ciertamente!—El me ha contado
que allá arriba...

TAO-LIN.

Y bien?..

TCHIN-KAO.

Chiton!..
Para estátuas de madera
ya hay bastante con los dos.

PEKÍ.

Númen de amores,
por tí ya siento
un pensamiento
consolador.
Templa la angustia
de un alma herida,
torne á la vida
mi dulce amor.

TAO-LIN.

Fatal secreto
que dá la muerte!
su triste suerte
me causa horror!

TCHIN-KAO.

Quién el secreto
nunca escuchara!
Si le olvidara,
qué gran favor!

CORO.

Severo el cielo
no ha perdonado
ni al potentado
ni al labrador.

TAO-LIN.

Puesto que el Grande Espíritu ha querido
con tan ciertas señales
convertirlos en Dioses inmortales,
transportadlos de aquí, con asistencia
de la comarca toda,
en procesion solemne á la Pagoda.

CORO.

A la Pagoda!
(Llevan á los dos en andas.)

PEKÍ.

Yanko, salvarte juro!
Yo el secreto conozco del conjuro.
Amor me dá esperanza,
y á la alta empresa mi valor se lanza!

(Se va precipitada.)

TCHIN-KAO.

Pekí! detente! espera!
Qué intenta?..—Dónde va!

Coro. (*Empieza la procesion.*)

Entrambos simulacros
llevemos al altar,
y ya de esta comarca
los ídolos serán.

(*Aparece Pekí sobre la roca, sube al caballo, este tiende las alas y vuela.*)

Tchin-kao.

Pekí! Pekí!.. Detente!..

Todos.

Pekí!.. Mirad!.. mirad!..

(*Golpe de tam-tam.—Cae el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

En el planeta Venus.—Region fantástica, habitada únicamente por mujeres. Jardines con árboles y plantas caprichosas: las hojas de esmeralda, los frutos de oro y piedras preciosas, las flores de rara forma y deslumbrantes colores: fuentes, cascadas, lagos; pájaros de variados matices que gorgean en las ramas, movidas por el céfiro, cuyo rumor combinado con el de los arroyos forma una suave armonía. A la izquierda, la entrada de un palacio aéreo guardada por dos estátuas con trompetas en la mano. La escena está iluminada por una luz blanquecina, y á su tiempo se cubre el aire de celages que derraman resplandor azulado, rojizo ó de densa oscuridad, segun la situacion lo indique.

ESCENA PRIMERA.

Estela *recostada en un lecho de flores: á su lado* Marfisa *contemplándola. Multitud de ninfas vestidas de ligera gasa pueblan aquel recinto: unas se columpian en amacas, otras se abanican recostadas entre las flores, otras tocan la lira, la tiorba etc., formando diversos grupos.*

Coro.

A la celeste Diosa
en alas de los vientos
volad, dulces acentos,
al eco del laud.

A Venus que amorosa
derrama en nuestra esfera
eterna primavera
y eterna juventud.

———

ESTELA.

Qué largo dia!... nunca se acaba!

MARFISA.

Por qué tan triste? Venid, gozad!
Todo aquí es dicha!

ESTELA.

Para una esclava
no hay en el orbe felicidad!

———

De las aves el trino amoroso
dulcemente resuena en mi oido;
de las auras el leve sonido,
de las fuentes el blando rumor!..
Mas su encanto apacible y suave
que embelesa á la turba festiva,
en un alma que gime cautiva
solo inspira tristeza y dolor!
Aves canoras,
fuentes sonoras,
alados céfiros
callad, callad!
Cúbrate, oh cielo!
tétrico velo,
y truene horrísona
la tempestad!

———

MARFISA Y CORO.

Aves canoras,
fuentes sonoras,
alados céfiros
sonad, sonad!
Cuanto aquí miras,

cuanto respiras
te brinda plácida
felicidad!

MARFIS. Pero por qué os entregais á esa desesperacion? ¿Pues no teneis hoy fundados motivos para creer que va á romperse el encanto que os tiene aquí cautiva?

ESTELA. Lo esperas tú?

MARFIS. Espero que lo consiga ese Príncipe de la China que nos trajo ayer el caballo de bronce.

ESTELA. Te parece que podrá contenerse y ocultarme su amor hasta que acabe el dia?

MARFIS. Lo creo, gracias á los esfuerzos que haceis para evitar encontraros con él.

ESTELA. Harto me cuesta! Y él no pone nada de su parte, me persigue sin cesar!

MARFIS. No tiene pizca de juicio!

ESTELA. Pero Marfisa, quién lo diria! La mujer que se le aparecia en sueños todas las noches, era yo!

MARFIS. Y el hombre que se os aparecia á vos...

ESTELA. Era él! De suerte que en cuanto nos hemos encontrado...

MARFIS. Os habeis reconocido.

ESTELA. Pero cómo ha podido ser que á tan larga distancia existiera entre los dos esta simpatía!

MARFIS. Esa es obra del sábio encantador que desde que nacísteis sin duda os destinó el uno para el otro: el mismo que os arrebató del palacio del Gran-Mogol vuestro padre, y os trajo encantada á este planeta, poniendo á vuestra libertad unas condiciones...

ESTELA. Tan duras y tan difíciles de cumplir!

MARFIS. Yo espero, sin embargo, que el Príncipe triunfará en su empresa.
(*Oyese un toque lejano de trompetas: las estátuas que hay en la escena lo repiten.*)

ESTELA. Oyes, Marfisa!

MARFIS. Las ninfas encantadas anuncian con sus trompetas que el caballo de bronce ha llegado, trayéndonos otro nuevo viajero.

ESTELA. Oh! qué desgracia!

Marfis. Y por qué desgracia?

Estela. Porque yo quiero que sea solo el Príncipe quien me desencante, y si no, nadie!

Marfis. No tengais miedo; yo me encargo de recibir al recien llegado.

Estela. Y de hacerle volverse pronto á la tierra, no es verdad?

Marfis. Ya veremos!

Estela. Entretanto, yo voy á encerrarme en el palacio.

Marfis. Y cuidado con el Príncipe!

Estela. Procuraré que no me vea.

(Entrase en el palacio.—Segundo toque de trompetas.—Aparece Pekí, siempre vestida de hombre.)

ESCENA II.

Pekí.—Marfisa.—Coro.

(Música que anuncia la salida de Pekí: esta llega por el foro.)

Las estátuas tocando las trompetas, y el coro, rodeando á Pekí *con ademan misterioso y amenazador cantan:*

Si repites en la tierra
lo que aquí mirando estás,
en estátua de madera
convertido te verás!

Pekí.

Desde el punto que he llegado,
me lo gritan sin cesar:
basta! basta! voto á sanes!
el aviso está demás.

Pekí. Basta! basta!... no mas trompetas!... ya lo he oido!... Que si cuento al bajar á la tierra lo que he visto aquí, me convertiré en muñeco de palo. —Ya lo sé... y ya lo sabia... y no se me importa un bledo!

MARFIS. Hola, hola! Parece, gentil viajero, que la echas de valiente!

PEKÍ. (*Mirándolas.*) Lo que es entre vosotras... En fin, la subida en el caballo, que es lo que mas miedo me ha dado, ya pasó felizmente! Ay! qué asiento tan duro!... y qué dificultad para respirar!..—Ahora veremos si salgo con la empresa.

MARFIS. Con que tú vienes á libertar á la princesa Estela?

PEKÍ. Justamente, apoderándome de ese brazalete mágico que lleva en el brazo, y con el cual queda deshecho el encanto... (*Ap.*) y volveré á la vida á mi pobre Yanko, que queda allá abajo... (*Imitando su postura.*)

MARFIS. Y estás resuelto á todo?

PEKÍ. A todo!... Es decir... vamos á ver antes qué es lo que tengo que hacer para conquistar ese dichoso brazalete, porque hasta ahora no lo sé.

MARFIS. Yo te lo esplicaré, que ese es mi deber. Ante todas cosas, sabe que te hallas en el planeta Venus...

PEKÍ. En el planeta Venus!

MARFIS. Sí: habitado únicamente por mujeres.

PEKÍ. Ay! que sosería!

MARFIS. El que sube aquí transportado por el caballo de bronce, es preciso que permanezca durante todo un dia en medio de nosotras indiferente, insensible!

PEKÍ. Si no es mas que eso!...

MARFIS. Y que á todas nuestras seducciones oponga una calma inalterable.

PEKÍ. Corriente!

MARFIS. Si tiene esfuerzo para tanto, si la ninfa Hora, que ves allí subir por aquella esfera luminosa, toca con su vara de oro en la estrella del cenit, sin que él haya sentido amor, es dueño del brazalete que deshace los encantos; pero si se ablanda, si enamorado de alguna de nosotras cae rendido á sus plantas, ó quiere besar su mano...

PEKÍ. Se lo negais?!..

MARFIS. No tal!... no nos es permitido... El mérito ha de ser todo tuyo. A la menor señal de rendimiento... Adios!... te hundes rápidamente á la tierra, y nunca mas vuelves á subir aquí.

PEKÍ. Es posible!... Ay! Dios! ahora caigo!—Dime, díme: qué viajeros han sido los últimos que han venido por acá?

MARFIS. Un jóven Príncipe de la China, que todavía anda por esos jardines: hombre de valor singular! Una hora solamente le falta para cumplir. No hemos visto hasta ahora ninguno que resista tanto! Yo creo que ese va á ser el vencedor.

PEKÍ. Me alegraré. Y quién mas?

MARFIS. Un Mandarin, que no estuvo aquí mas que unas dos horas.

PEKÍ. Dos horas!... miren el viejo!—Pero dime, antes que esos...

MARFIS. Antes que esos... Ah! sí... un jóven labrador, llamado Yanko.

PEKÍ. Cuéntame, cuéntame!...

MARFIS. Ese no paró aquí ni un cuarto de hora.

PEKÍ. Ah! pícaro!

MARFIS. Llegar y rendirse... todo fué uno!

PEKÍ. Qué infamia!.. Para fiarse en el amor de los hombres! en sus promesas, en sus juramentos!.. Y yo que le amaba tanto... y que le creia tan fiel!.. Traidor! merecias... agradece al sitio en que nos hallamos.

CANTO.

De todas estas ninfas
saber quisiera yo
cuál fué, cuál fué la infame
que á Yanko enamoró!
(*Marfisa y el coro concertándose aparte.*)

MARFISA.

(Sus ojos brotan fuego!..
Su rostro se encendió!
Muy pronto el pobrecillo
se abrasará de amor!)

CORO.

(Al arma nos invita
la Diosa de amor!)

UNAS.

(Quién hace su conquista?)

OTRAS.

(Rendirle quiero yo!)

———

(Marfisa y el coro rodean á Peki.)

MARFISA Y CORO.

Gallardo viajero,
de rostro hechicero,
la ninfa que elijas
tu amante será.
Placeres, delicias,
encantos, caricias,
el númen de amores
aquí te dará.
(Muy pronto á la tierra,
muy pronto se irá!)

———

PEKÍ.

(Cuadrilla parlera,
qué chasco te espera!
El fin de la historia
chistoso será!)
Cuál es la dichosa
que en lid amorosa
rendido en sus brazos
aquí me verá?
(De verlas tan finas
qué risa me dá!)

———

(Desaparecen por los jardines.)

ESCENA III.

ESTELA.—KADOR.

(Estela sale del palacio, huyendo del Príncipe.)

ESTELA. Ah! dónde podré huir! dónde podré ocultarme á sus ojos!

KADOR. Divina Estela!

ESTELA. Detente!.. No me sigas, por tu amor y por el mio!

KADOR. Que no te siga!.. Y soy yo acaso dueño de mí! Puedo yo dominar la fuerza irresistible que me arrastra á tus plantas.

ESTELA. Pero has olvidado que con esa impaciencia puedes perderme para siempre?

KADOR. Perderte para siempre! Oh! Cielos!

——

DUO.

ESTELA.

Si tú el amor sintieras
que siento yo por ti,
en él hallar sabrias
valor para sufrir.

KADOR.

Si tú el amor sintieras
que siento yo por ti,
ingrata no podrias
su fuego comprimir.

——

ESTELA.

Calma ese fuego que tu alma siente:
la hora postrera pasando vá.

KADOR.

Esa hora pasa tan lentamente,
que me parece la eternidad!

LOS DOS.

Si tú el amor sintieras etc.

——

(Kador va acercándose á Estela con ademan amoroso.)

KADOR.

Cuánto te adoro, divina Estela,
desde que en sueños tu rostro ví!

ESTELA.

Piensa en el riesgo que nos amaga:
si no te apartas, huiré de tí.

KADOR.

Te cansa, ingrata, que lo repita!..

ESTELA.

No!... pero lejos... lejos de mi!

KADOR.

Lejos de tí? (*Alejándose de ella con enfado.*)

ESTELA.

Lejos de mí.

KADOR.

Asi? (*Apartándose mas.*)

ESTELA.

Asi.

(*Indicándole la hora.*)
No ves en la esfera
la ninfa gentil
que sube á la estrella
del alto cenit?..
No apartes un punto
los ojos de allí,
y aguarda que suene
la hora feliz.
(*Pausa contemplando la hora.*)

KADOR.

Ah! qué tormento! mírala inmóvil!
la misma calma que miro en tí!

ESTELA.

Asi me culpas? (*Dando un paso hácia Kador.*)

KADOR.

Nunca me amaste!

ESTELA.

Te amo! te adoro! (*Acercándose mas.*)

KADOR.

De veras?

ESTELA.

Sí!

KADOR.

Un tierno abrazo!..

ESTELA.

Pero este abrazo
luego en la tierra te vuelve á hundir,
y eternamente de tí apartada...

KADOR.

Ay! vete lejos... lejos de mí!

ESTELA.

Lejos de ti? (*Se aparta con tristeza.*)

KADOR.

Lejos de mí.

ESTELA.

Así? (*Alejándose mas.*)

KADOR.

Así.

LOS DOS.

Ya miro en la esfera
la ninfa gentil
que sube á la estrella
del alto cenit.
Fijemos, fijemos
los ojos allí,
en tanto que suena
la hora feliz.

KADOR.

Estela! Estela!.. sonó la hora!

ESTELA.

No, no, te engañas!..

KADOR.

No escuchas?

ESTELA.

No.

KADOR.

Yo cedo al fuego que me devora!...
Tú eres mi esposa!... la hora sonó!
(*Estela está sentada: Kador ha caido arrodillado á sus plantas.*)

ESTELA.

Kador! Kador!... detente!...
valor no tengo ya!...
tu ciego amor demente
á entrambos perderá!

KADOR.

Mi amor, mi amor demente
el premio alcanza ya!...
Aquí mi lábio ardiente
su fuego estampará!

LOS DOS.

Ah!!!

(*Toma la mano de Estela: ella se resiste débilmente; pero al fin cede: Kador la besa con ardor la mano. En ese momento suena un trueno sordo, y Kador se hunde en la tierra. Estela dá un grito y pierde el sentido.*

ESCENA IV.

ESTELA.—MARFISA.—*Luego* CORO.

(En el momento de hundirse Kador aparece Marfisa y dá un grito de asombro. Acércase y contempla á Estela.)

MARFIS. Tambien este! Pobre princesa!... pero qué poco juicio!... cuando ya no faltaba casi nada para que se cumpliera el plazo... *(Mirando al cielo.)* Casi nada!... La hora va subiendo, y le falta muy poco para tocar á la estrella.— Estela, hermosa Estela, volved en vos!...

ESTELA. (*Volviendo.*) Ah!... le perdí!... le perdí para siempre.

MARFIS. Estela!..

ESTELA. Marfisa!... eres tú!... ves qué desgracia la mia! Yo le amaba, él me amaba tambien; y ahora separado de mí, qué será de él? que hará en la tierra?

MARFIS. Facil es de adivinar: con ese genio vivo que tiene, con esa vehemencia no sabrá contenerse, no podrá callar, hablará de vos á todo el mundo; y quizá á estas horas esté ya convertido en estátua de madera.

ESTELA. Cielos!—Ah! si eso es asi, yo tambien permaneceré encantada en este planeta, viviendo con el recuerdo de su amor: no consentiré que otro me liberte, no perteneceré á nadie.

MARFIS. Eso no depende de vos. Si sube alguno que resista á nuestros encantos y deje correr el plazo... Ahora mismo tenemos ahí uno que empieza á á darme cuidado.

ESTELA. Qué dices?

MARFIS. Sí; ese muchacho que llegó antes, y que vos me encargásteis que despidiese pronto...

ESTELA. Y qué? no se ha marchado?

MARFIS. Marcharse?... Eso nos figuramos todas, creyendo al verlo que seria cosa facil.

ESTELA. Y aun está aquí?

MARFIS. No por culpa nuestra!... Pero nos tiene aburri-

das (*Ritornelo del coro.*) Mirad, mirad... ahí teneis la bandada de ninfas que viene sin duda puesta en derrota... no hay medio con ese diablillo!

(*Van apareciendo las ninfas con ademan de picadas y ofendidas.*)

CORO.

Cual volandera mariposa
vedle saltar de flor en flor,
y con sonrisa desdeñosa
burlarse al fin de nuestro amor.
Hácia la fuente
con faz riente
corriendo va;
y en la onda clara
su linda cara
mirando está.

MARFISA.

A vuestro agrado
no se rindió?

CORO.

El muy taimado
dice que no!

CORO.

Nuestra hermosura nada alcanza:
ese doncel no siente amor:
abandonemos la esperanza
con gran pesar, con gran dolor!
Rostro de cielo
y alma de hielo,
lástima dá!
Que en su desvío
cuanto mas frio
mas bello está.

MARFISA.

A vuestro agrado
no se rindió!

CORO.

El muy taimado
dice que no!

MARFIS. Aventura singular! pues si continúa así, ya veis, la hora no tardará en tocar á la estrella...

ESTELA. Cielos!... es cierto!

MARFIS. Y en ese caso se hace dueño del talisman y de vuestra persona: bajareis con él á la tierra, y os vereis obligada á ser su esposa.

ESTELA. Oh! esa seria la mayor desgracia!

MARFIS. Vamos, no tanto!... que el mancebo es hermoso... y si fuera yo la encantada!... Vedlo, vedlo!... por allí viene... mirad qué airoso, qué gentil!...

ESTELA. Ah! qué me importa!... no quiero verlo!...

MARFIS. Qué decís!... Pues ya vos sola sois quien le ha de vencer.

ESTELA. Yo!...

MARFIS. Nosotras hemos sido derrotadas: conque si quereis libraros de él y que se vuelva á la tierra, es preciso que empleeis todas vuestras gracias en rendirlo antes que suene la hora.

ESTELA. Dices bien!... voy á hacerlo!... Ah! qué esfuerzo me cuesta!... Le aborrezco sin conocerle.

MARFIS. Ya sabeis que la menor señal de rendimiento es bastante: con que logreis solamente que os bese la mano...

ESTELA. Aun eso me es violento!

MARFIS. Ya llega.

ESTELA. Dejadme con él.

MARFIS. Poco tiempo os queda: mirad!...

ESTELA. Yo le rendiré.

(*Aparece* PEKÍ *por el foro*: MARFISA *y el* CORO *se van retirando poco á poco mirando á* PEKÍ: *esta baja al proscenio.*)

MARFISA *y* CORO.

Rostro de cielo
y alma de hielo,
lástima da!

que en su desvío,
cuanto mas frio
mas bello está!
A nuestro agrado
no se rindió:
el muy taimado
dice que no!

(*Desaparecen: quedan solos* Estela *y* Pekí.)

ESCENA V.

Estela-Pekí.

DUO.

—

Estela.

Quién sois vos, buen forastero?
Qué venis aquí á buscar?

Pekí.

Soy un chino aventurero,
muy amigo de viajar.

Estela.

Qué os parece esta morada?

Pekí.

Muy hermosa, vive Dios!

Estela.

Lo que mas aquí os agrada
me direis?

Pekí.

Señora, vos!

Estela.

Yo os agrado? (Oh! qué fortuna!)
Vos me amais?

PEKÍ.

Yo amaros?... No!

ESTELA.

Qué decís?

PEKÍ.

Mujer ninguna
á sus pies jamás me vió.

ESTELA.

En la tierra no lo estraño;
pero aquí!

PEKÍ.

Ni aquí ni allá.

ESTELA.

No lo creo.

PEKÍ.

No os engaño.

ESTELA.

Lo veremos.

PEKÍ.

Se verá.

ESTELA.

Presuntuoso y arrogante,
su desden no le valdrá.
Resistir podrá un instante,
mas rendido quedará.
Ya lo verá!

PEKÍ.

Hechicero es su semblante,
pero á mí qué se me dá?
De un desden tan arrogante
admirada quedará.
Ya lo sabrá.

(ESTELA *se acerca á* PEKÍ *con aire cariñoso.*)

ESTELA.

Llámanme hermosa:
lo soy quizá?

PEKÍ.

Hermosa y mucho!

ESTELA.

Si eso es verdad,
por qué los ojos
de mi apartar?
Me tienes miedo?

PEKÍ.

Yo miedo! Ba!
puedo tus gracias
analizar
con absoluta
tranquilidad.

ESTELA.

Ves los fulgores
de esta mirada,
los labios rojos,
la tez nevada?
De estos hechizos
que viendo estás,
dime qué cosa
te gusta mas?

PEKÍ.

Ni los fulgores
de esa mirada,
ni labios rojos,
ni tez nevada.
De cuantas prendas
luciendo estás,
el brazalete
me gusta mas.

ESTELA.

Y esta sonrisa?

PEKÍ.

Es celestial!

ESTELA.

Y esta mirada?

PEKÍ.

No tiene igual.

ESTELA.

Y sin embargo,
diciendo estás
que el brazalete
te gusta mas!

PEKÍ.

Y sin embargo
es la verdad,
que el brazalete
me gusta mas.

ESTELA.

Qué nieve helada
circulará
por las entrañas
de este mortal!
Préstame, oh! Venus,
tu talisman;
y su fiereza
sabré domar.

PEKÍ.

Los atractivos
de esa beldad
otros amantes
preferirán;
pero yo digo
sin vacilar
que el brazalete
me gusta mas.

—

PEKÍ.

Albricias! á la estrella
la ninfa se acercó!

ESTELA.

El plazo vá á cumplirse,
oh! Dios! perdida soy!

———

Mancebo generoso,

pues tanto os agradó.
podeis el brazalete
ganar sin dilacion.

PEKÍ.

Por él aquí he subido:
dispuesto á todo estoy.

ESTELA.

En esta blanca mano
que aquí os entrego yo,
imprima vuestro lábio
un ósculo de amor.

PEKÍ.

Un ósculo? imposible!

ESTELA.

Ceded por compasion!

PEKÍ.

(*Ap.*) Oh! Yanko, te perdono,
disculpo tu traicion.
Confieso que á ser hombre,
lo mismo hiciera yo.

ESTELA.

Un solo instante falta!...

PEKÍ.

Oh! dicha!

ESTELA.

Oh! maldicion!
Miradme á vuestras plantas!
Ceded por compasion!
imprima vuestro lábio
un ósculo de amor!

PEKÍ.

Oh Yanko! te perdono!
disculpo tu traicion.
Confieso que á ser hombre,

tambien cediera yo!
(*Empieza á oscurecer.*)

ESTELA.

El orbe se oscurece...
se apaga el sol!...
Ay! triste!... yo sucumbo!...
la hora sonó!

PEKÍ.

El orbe se oscurece,
su luz apaga el sol!,.,
el brazalete es mio!
la hora feliz sonó!

(*La ninfa Hora toca en la estrella: golpe de tam-tam: Estela cae desmayada en brazos de Pekí: ambas desaparecen hundiéndose.—Las nubes cubren la escena.—Música.—La oscuridad va poco á poco disipándose: las nubes se elevan y descubren el teatro convertido en lo interior de la Pagoda, ricamente alumbrada. Tzing-zing, trasformado en ídolo de madera, está sentado como quedó en el 2.° acto, y colocado sobre un pedestal: á su derecha Kador, y á su izquierda Yanko, tambien de ídolos, y en otros dos pedestales mas bajos.*)

ESCENA VI.

KADOR, TZING-ZING, YANKO *en sus pedestales.*—TCHIN KAO.—TAO-LIN, *Bonzos, pueblo.—El pueblo está tendido en tierra, boca abajo, adorando los ídolos. Los Bonzos les echan incienso.—Luego* PEKÍ Y ESTELA.

CORO.

Tú que fuiste en la tierra
nuestro señor,
quiera el cielo que á serlo
no vuelvas, no!
Mejor estás
donde te ves:
y nosotros á estar en tus manos
preferimos estar á tus piés.

Tao-lin.

Tú que fuiste mi esposo,
noble señor,
quiera el cielo que á serlo
no vuelvas, no.
Mejor estás
donde te ves.
y mejor que á besarte la cara,
me resigno á besarte los piés.

Tchin-kao.

Tú que fuiste mi yerno
noble señor,
ojalá que animarte
pudiera yo!
Si á casa vas
y á Chinka ves,
como aquella que antaño me diste,
puede ser que otra dote me des.

Tchin-kao.

Qué dulce armonía
los aires llenó!
el templo se inunda
de vivo fulgor!...

(Abrese el fondo y aparece, bajando sobre una nube iluminada, Pekí sosteniendo en un brazo á Estela desmayada, y alzando con la otra mano el brazalete. Mientras canta el coro, van descendiendo y llegan al suelo.)

Coro.

Albricias, albricias,
oh! padre feliz!
ya vuelve á tus brazos
la hermosa Pekí!

PEKÍ.

Bella Estela!... Yanko amado!...
y tú Príncipe Kador!...
mi amor os restituye
á la vida y al amor!
(*Estiende el brazalete sobre los tres, y ellos se animan.*)

KADOR.—ESTELA.—YANKO.

Cielo santo! yo respiro!...
Oh! qué vivo resplandor!

YANKO.

Mi Pekí!...

ESTELA.

Kador!

KADOR.

Estela!

LOS CUATRO.

Tuyo / Tuya } soy, mi dulce amor!

TKHIN-KAO (*A Pekí.*)

De Tzing-zing te has olvidado.

TAO-LIN.

Quién os mete á hablar á vos!

PEKÍ.

De esta estátua solamente
la cabeza animaré,
porque pueda á mi pregunta
libremente responder.
(*Dirígese á la estátua de Tzing-zing.*)
Responde si quieres
romper nuestra union?

(*Tzing-zing mueve la cabeza á compás, como los muñecos chinescos, diciendo que* NO.)

TODOS.

Dice que no!
Dice que no!
No, no, no, no!

PEKÍ.

Podré dar á Yanko
mi mano y mi amor?
(*Tzing-zing repite que* NO.)

TODOS.

Dice que no!
Dice que no!
No, no, no, no!

PEKÍ.

Pues te niegas á mi ruego,
en virtud de mi poder,
Mandarin, eternamente
muda estátua vuelve á ser.
(*Tzing-zing hace gestos de rabia.*)

TODOS.

Se resiste!

PEKÍ.

Pues responde,
y será la última vez.
A Yanko mi amante
me dejas unir?

(*Tzing-zing hace con la cabeza que sí.*)

TODOS.

Dice que sí!
Dice que sí!
Sí, sí, sí, sí!

PEKÍ.

Testigos sois todos:
ha dicho que sí!
Bendice el enlace
de Yanko y Pekí.

(Tzing-zing se levanta y estiende los brazos sobre los dos amantes arrodillados.)

Te vuelvo á la vida,
oh! noble Tzing-zing.

(Estiende el brazalete hácia él. Tzing-zing recobra la vida, y baja del pedestal.)

TODOS.

Las campanillas de la Pagoda
toquen á fiesta, toquen á boda!
tilin, tilin,
tilin, tilin!
vivan felices Yanko y Pekí!

FIN.

CENSURA DE TEATROS.

No hallo reparo alguno en que se represente esta zarzuela. Madrid 8 de enero de 1858.—El Censor de teatros—*Antonio Ferrer del Rio.*

Soria	F. Perez Rioja.
Talavera	A. Sanchez de Castro.
Tarazona	P. Veraton.
Tarragona	J. Pujol.
Teruel	V. Castillo.
Toledo	J. Hernandez.
Tolosa	J. M. de Lalama.
Toro	A. Rodriguez Tejedor.
Torrevieja	A. Vela.
Trujillo	S. Bravo.
Tudela	M. Izalzu.
Valencia	F. de P. Navarro
Valladolid	A. Gutierrez.
Vigo	J. M. Chao.
Villanueva y Geltrú	Creus y Beltran.
Vitoria	S. Hidalgo.
Ubeda	C. Treviño.
Zamora	M. Conde.
Zafra	A. Oguet.
Zaragoza	M. Diaz.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS QUE CORRESPONDEN Á LA ADMINISTRACION Á CARGO DE D. JOSÉ MAYQUEZ.

ZARZUELAS.

DE UN ACTO.

Al amanecer, M.
A última hora, M.
Donde las dan las toman. L. y M.
El amor y el almuerzo, M.
El estreno de una artista, L. y M.
El Lancero, M.
El Vizconde, M.
Escenas en Chamberí, M.
Gato por liebre, M.
Gracias á Dios que está puesta la mesa, M.
La Cotorra, M.
Los dos ciegos, M.
Mentir á tiempo. L.

DE DOS ACTOS.

El Marqués de Caravaca, L. y M.
La cola del diablo, M.

DE TRES Ó MAS ACTOS.

Catalina, M.
El Conde de Castralla, L. y M.
El diablo en el poder, M.
El esclavo, M.
El hijo del Regimiento, L. y M.
El Relámpago, M.
El Sargento Federico, M.
El Secreto de la Reina, L. y M.
El Sueño de una noche de verano, M.
El Valle de Andorra, M.
Entre dos aguas, M.
Estebanillo, M.
Fra-Diávolo, L. y M.
Galanteos en Venecia, M.
Jugar con fuego, L. y M.
La cisterna encantada, L. y M.
La espada de Bernardo, M.
La Giralda, M.
Los Comuneros, M.
Los diamantes de la corona, M.
Los Magyares, M.
Los mosqueteros de la Reina, L. y M.
Mis dos mujeres, M.
Un dia de reinado, M.

De las obras que van marcadas con la inicial M, *pertenece solo la música á esta Administracion, y las que llevan* L y M. *corresponden á la misma el libreto y la música.*

DRAMAS Y COMEDIAS.

DE UN ACTO.

Amores volcánicos.
La esperanza de dos mundos, loa.
Suegra, marido y rival.

DE TRES Ó MAS AGTOS

¡A escape!
Deudas pagadas.
El ausente en el lugar.
El paraiso perdido.
El ramo de oliva.
El tejado de vidrio.
Hija y madre.
La bola de nieve.
La rica hembra.
Locura de amor.
¡Por ella!
Virginia.

La Administracion se halla establecida en la Plazuela de Santa Ana, núm. 20, *cuarto bajo.*